



PABLO ANTONIO CUADRA  
OBRA POETICA COMPLETA

*Siete*  
**ARBOLES**  
CONTRA EL  
**ATARDICER**

*y otros*  
**POEMAS**





**PABLO ANTONIO CUADRA**  
**Obra poética completa**

- | <b>Vol.</b>  | <b>TITULOS DE LIBROS</b>  |
|--------------|---|
| <b>I.</b>    | 1. CANCIONES DE PAJARO Y SEÑORA<br>2. POEMAS NICARAGUENSES                      |
| <b>II.</b>   | 3. CUADERNO DEL SUR<br>4. CANTO TEMPORAL<br>5. LIBRO DE HORAS                   |
| <b>III.</b>  | 6. POEMAS CON UN CREPUSCULO A CUESTAS<br>7. EPIGRAMAS<br>8. EL JAGUAR Y LA LUNA |
| <b>IV.</b>   | 9. CANTOS DE CIFAR  |
| <b>V.</b>    | 10. ESOS ROSTROS QUE ASOMAN EN LA MULTITUD<br>11. HOMENAJES                     |
| <b>VI.</b>   | 12. SIETE ARBOLES CONTRA EL ATARDECER<br>Y OTROS POEMAS                         |
| <b>VII.</b>  | 13. TUN – LA RONDA DEL AÑO – (POEMAS PARA<br>UN CALENDARIO)                     |
| <b>VIII.</b> | 14. TEATRO Y CUENTOS  |
| <b>IX.</b>   | 15. EL INDIO Y EL VIOLIN<br>Y OTROS POEMAS                                      |



PABLO ANTONIO CUADRA  
OBRA POETICA COMPLETA

*Siete*  
**ARBOLES**  
*CONTRA EL*  
**ATARDECER**

*y OTROS*  
**POEMAS**

San José, Costa Rica 1987



861.6

C961-o Cuadra, Pablo Antonio, 1912-

Obra poética / Pablo Antonio Cuadra. -- 1. ed. --

San José: **Asociación Libro Libre**, 1987

V. — (Serie Literaria)

Contenido: v. 6. (**Siete árboles contra el atardecer  
y otros poemas**)

ISBN 9977-901-65-1

1. Poesía nicaragüense

I. Título. II Serie.

©Pablo Antonio Cuadra

©Grabados, Ronald DeWitt Mills

©Libro Libre

Apartado 391, 2050

San José, Costa Rica, C. A.

Impreso por: Trejos Hermanos Sucesores S.A.

## INDICE DE VOLUMEN VI

### Siete árboles contra el atardecer

Prólogo .....	13
La Ceiba .....	37
El Jocote .....	43
El Panamá.....	49
El Cacao. ....	55
El Mango .....	63
El Jenísero .....	71
El Jícara .....	79
Notas .....	85

### Otros poemas

Heur et malheur du Guerrier .....	91
El Basilisco. ....	97
El Güis.....	99
La Isla de los Centauros.....	101

En diciembre de 1972, un atroz terremoto abate la capital de Nicaragua; cinco años después, el 10 de enero de 1978, cae asesinado Pedro Joaquín Chamorro, compañero, en la dirección del diario *La Prensa*, de Pablo Antonio Cuadra; año y medio más tarde, después de cuarenta años de dictadura dinástica, el último Somoza abandona Managua dejando el poder en manos de la revolución triunfante. Los siete poemas que integran este nuevo libro de Cuadra, fueron escritos en el último lustro de esta agitada década y publicados por vez primera en diciembre de 1980, en Caracas, por el Gobierno de Venezuela, como homenaje a la revolución nicaragüense. No se vislumbraba todavía el giro que iban a tomar quienes cogían las riendas del poder, pues aún ocultaban los designios de instalar una dictadura totalitaria, a la cual se enfrenta hoy en día Cuadra con la misma entereza y dignidad con que lo hizo contra el autoritarismo somociano.

El primero de estos poemas botánicos -*La Ceiba*- alude al terremoto de Managua:

*Yo he recordado su sombra antigua recorriendo esta  
ciudad en ruinas"*

El último -*El Júcaro*-, es un homenaje a Pedro Joaquín Chamorro, el héroe que "*se rebeló contra los poderes de la Casa Negra*". Los siete poemas señalan y encarecen la misión de "*afirmar los límites y robustecer las defensas de lo personal*"<sup>1</sup>, frente a las amenazas de las catástrofes físicas y de la barbarie política. De ahí la pertinencia del epígrafe de *Los Siete contra Tebas*, inscrito en el pórtico del poemario: "Las torres se mantienen en pie y nos escudan; las

---

<sup>1</sup>- Solapa de *Siete árboles contra el atardecer*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1980.

habíamos asegurado con defensores poderosos y cada uno de ellos ha guardado la puerta que le estaba encomendada”.

Estos *Siete árboles contra el atardecer* cierran el horizonte del vasto territorio poético explorado hasta ahora por Pablo Antonio Cuadra. Enlazan geografías distantes y épocas lejanas, como también el cielo y la tierra, lo sacro y lo profano. En simbiótica asociación con sombras familiares y espíritus de lo alto, delimitan “el espacio de la vida” y la patria del canto. Escritos en los momentos más dramáticos de la historia reciente de Nicaragua (1977-78), ofrecen en sus maderas un bálsamo restañador de heridas, o reavivan, con su follaje y sus frutos, la memoria de la misión libertaria del hombre y su dignidad ineludible.

Al editar nuevamente *Siete árboles contra el atardecer* en este sexto volumen de la *Obra Poética Completa* de Cuadra, hemos conservado el estupendo prólogo escrito por el crítico Guillermo Yépez Boscán a la edición venezolana. Un joven y promisorio valor de las artes plásticas de los Estados Unidos, radicado en Costa Rica -Ronald DeWitt Mills- ha aceptado acompañar los poemas de Cuadra con originales grabados alusivos, enriqueciendo notablemente la presente edición. *Libro Libre* desea dejar constancia de su profunda gratitud por su colaboración generosa. En este mismo volumen, y bajo el título de *Otros poemas*, agrupamos también cinco composiciones más en que Cuadra transita de la mitología botánica a la zoológica, sucumbiendo al “*bello placer primitivo de cubrir los pensamientos humanos con las pieles zoológicas*”<sup>2</sup>. *Zoosofías* tituló una vez el poeta a algunas de estas composiciones, donde irrumpen, con aire de polisontes en el arca de la fábula, los más variados especímenes, y en las que, la moraleja de lo anacrónico anula, por la magia poética, la posible anacronía de la moraleja.

---

<sup>2</sup>-Verso de “Escrito sobre ‘el congo’”, poema de Cuadra incluido en *Poemas Nicaragüenses*, 1933.



# Siete ARBOLES CONTRA EL ATARDECER



Prólogo: *Guillermo Yépez Boscán*  
Grabados: *Ronald DeWitt Mills*

A Guillermo Yepes Boscán

A Guillermo Sucre

“Las torres se mantienen en pie y nos escudan; las habíamos asegurado con defensores poderosos y cada uno de ellos ha guardado la puerta que le estaba encomendada”.

ESQUILO

*Los Siete contra Tebas*



## HACER EL POEMA CON EL ALIENTO DEL MITO Y EL LODO DE LA HISTORIA

*“Tengo que hacer algo con el lodo de la historia,  
cavar en el pantano y desenterrar la luna  
de mis padres. . .”.*

*Pablo Antonio Cuadra*

La edición en Venezuela de este libro de Pablo Antonio Cuadra quiere ser, a la par, un testimonio y un homenaje. Un testimonio de renovada amistad de nuestro Gobierno con Nicaragua libre, al haberse cumplido el primer aniversario de su revolución. Un homenaje del pueblo venezolano, a través de la difusión entre nosotros de una de las más altas voces de su poesía, al espíritu revolucionario y creador del bravo pueblo nicaragüense.

Medio inusual, pensarán algunos, éste de expresar con un libro de poesía nuestra solidaridad con un fenómeno que se advierte como fundamentalmente político. Quizá ello sea cierto: una manera inusual, un tanto heterodoxa si nos atenemos a la práctica convencional en estos casos, pero creemos que mucho más significativa (dadas las equivalencias entre creación y revolución) cuando se trata de saludar el primer año de la destrucción de una dictadura sombría y feroz, deshumanizante y mutiladora, y de celebrar el resurgimiento del espíritu popular de Nicaragua en una revolución que se define humanista, pluralista y libertaria.



Todo gesto creador artístico y, particularmente, el impulso poético, están poderosamente imantados menos por el vacío que —en la evolución particular de un arte o de una literatura— ha dejado la historia anterior o la ausencia de formas del pasado que por la plenitud de una vida nueva, de un nuevo ser y un orden nuevo, que, prefigurándose, no ha encontrado aún su expresión, su forma cabal, y genera, por tanto, una fuerza de atracción del espíritu creador. En este sentido el arte y la poesía son más objeto de una gravitación del ser que el resultado del vértigo ante la nada.

Por ello, psicológicamente el artista —como afirma Gaetan Picón— tiene, sin duda, el sentimiento de fundarse sobre el *no* que él opone a sus antecesores; pero ese *no* es la consecuencia de una afirmación, del *sí* mediante el cual promete a una experiencia actual el rostro que ella espera.

Bien, ¿no es ésta acaso, analógicamente, la misma experiencia trasladada al plano del sentimiento colectivo y en el orden de la historia, del impulso creador que anima a las auténticas revoluciones? Ellas, como la voluntad constructora del poeta, oponen un *no* al pasado, a su vacío de formas o a sus deformaciones, fundándose en el *sí* que es promesa de creación de un orden político, social y cultural nuevo, capaz de hacer brillar (a imagen y semejanza de lo que la poesía logra en la esfera del arte) la dignidad espiritual de la existencia histórica del hombre.

Si compartimos la idea de que el fondo verdadero de la historia humana no es otra cosa que la manifestación del espíritu, es decir, la sucesión en el tiempo de estados y grados de conciencia cada vez más complejos y superiores (cristalizados en civilizaciones y culturas), es, entonces, indudable que el destino de la auténtica voluntad revolucionaria, no puede ser menos que la voluntad comprometida al límite de conferirle al hombre su dimensión y su talla espirituales.



Además de la construcción de un Estado o de una nueva organización política y social, una revolución es también —y se diría que fundamentalmente— la noción colectiva, generalizada, que un pueblo adquiere, en un momento fulgurante de su trayecto histórico, de su propia grandeza espiritual. Por ello, en razón de que el espíritu no se reduce, por muy comprometido que esté con lo temporal y la historia, al universo de lo político o a las exigencias materiales de la sociedad, la idea de la Revolución implica y retiene —para exaltarlos, no para dominarlos— todos los gestos en los cuales el hombre busca una expresión válida de sí mismo, es decir, todos sus gestos de creación.

De allí, pues, el propósito de testimoniar la solidaridad venezolana con las fuerzas y posibilidades creadoras del proceso revolucionario nicaragüense, contribuyendo con la aparición en libro de lo que en cierto modo es el más alto de los logros del hombre, el que más se acerca al enigma original de la creación y que por consiguiente, representa arquetipo o modelo por excelencia de la actividad espiritual y las libres operaciones de la conciencia: una obra poética.

Pero esta edición aspira a tener una significación simbólica adicional. La poesía es a Nicaragua y Nicaragua a la poesía, lo que el agua al pez, la tierra al árbol y la copa de éste al pájaro: indisoluble correlato, habitat familiar, nicho ecológico. Como ningún otro país del continente éste se identifica con la poesía y sus poetas. Pensar en él es, simultáneamente, pensar en algunos nombres estelares del proceso literario continental y mundial. Antes de su Revolución que la ha abierto a la mirada actual y expectante del mundo, la proyección universal de Nicaragua —su inserción en la contemporaneidad cultural—, ha sido el resultado de la obra de sus poetas. Es ya antológica la frase —cargada de cierta solemnidad irónica que da el orgullo de ser también parte sustancial de ese producto— de José Coronel Urtecho: “. . . la poesía es



hasta ahora el único producto nicaragüense de indiscutible valor universal”. Evidente alusión al genio “tutelar” de Darío, el padre fundador, pero también a una sólida y excepcional tradición poética que de él deriva y se prolonga con indiscutible sentido de innovación, suntuosidad imaginaria y brillo verbal en la escritura de otros: el propio Coronel, Pablo Antonio Cuadra, Ernesto Mejía Sánchez, Ernesto Cardenal o Carlos Martínez Rivas.

Circunstancias favorables y la amistad del poeta con Venezuela, han venido a conjugarse para permitirnos alcanzar los propósitos de esta edición conmemorativa e, incluso, de redoblarlos en su significación, ya que estos textos y su autor permiten, por una parte, aludir a la vitalidad creadora de la poesía nicaragüense y, por otra, exaltar su espíritu nacional, al tratarse de una muestra de la capacidad lírica en continua gestación y el temple anímico de una de las voces, entre las sobresalientes y más maduras de la tradición poética señalada, más integral y hondamente ligadas al modo de ser de Nicaragua; al alma, la tierra, los sueños, los mitos y la lengua de su pueblo.

En efecto, Pablo Antonio Cuadra —quien no sólo pertenece ya a la historia de la literatura nicaragüense y latinoamericana, como poeta, ensayista, crítico de arte y, a veces, narrador, sino, además, a la historia viva, en proceso de su país, dado lo intenso y múltiple de su quehacer intelectual: periodista, académico, profesor universitario, editor, animador de grupos literarios y culturales, maestro de las nuevas generaciones de poetas y escritores es, por antonomasia, el poeta de la identidad nacional, el artífice de una lengua poética incesantemente hostigada por el deseo de develar y encarnar la esencia de lo propio. Ernesto Cardenal lo proclamó “el más nicaragüense de todos nuestros poetas” y llamó a su poesía “una tierra que habla”.



Situándolo en la perspectiva histórica del proceso literario y cultural de Nicaragua, para algunos representa lo que Sandino en el proceso político: un profundo sentido de patria y una aguda, casi dolorosa por lo lúcida e intensa, conciencia de lo nacional y su soberanía. Carlos Tunnermann, ex Rector de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua y actual Ministro de Educación del Gobierno de Reconstrucción Nacional, ha señalado a propósito de esta convergencia: “En los años de la ocupación norteamericana, Nicaragua dio dos grandes testimonios de nacionalismo: Sandino en la montaña y Pablo Antonio Cuadra en sus *Poemas Nicaragüenses*. Ambos son —concluye el Ministro recurriendo a una cita de Cardenal— fenómenos de una misma emancipación nacional: contra el modernismo europeizante en poesía, contra la invasión norteamericana en política” (1).

No obstante esta intensa pasión por lo nacional (o precisamente por ello, en la medida en que la conciencia de lo nativo prepara para asumir sin complejos, confrontándolos con los propios, los valores universales que derivan de un diálogo digno entre las culturas), Pablo Antonio Cuadra está lejos de ser el poeta localista, “vernáculo y típico”, que tanto abunda en la pequeña historia literaria del continente a causa de un mal entendido “nacionalismo literario” que nos dejó como herencia la estética romántica.

Cuadra en su obra ha sabido sobrepasar el ámbito nacional, dándole dimensión latinoamericana y proyección universal (son conocidas las traducciones de su poesía en inglés, francés, alemán e italiano) al cotidiano y familiar espacio de su canto. Y esa potencia de proyección se nutre, no sólo de una singular captación de la contemporaneidad estética que lo pone a tono con la misma, o de la clara noción que tiene de la interacción entre los valores universa-

(1) TUNNERMANN Carlos. *Pablo Antonio Cuadra y la Cultura Nacional*. Editorial Universitaria UNAN. León, Nicaragua. 1973.



les del arte, o de la vocación humanista, planetaria, con que asume el concepto de la cultura, sino, además, de una cualidad inherente al modo como el poeta entabla su relación con lo “real nicaragüense” y lo cotidiano de su entorno. Cuadra no “idealiza” su mundo, es decir, no lo conceptualiza para hacerlo mediante la abstracción de la idea, universal. Simplemente lo *celebra*, en el sentido religioso de este vocablo, esto es: lo *consagra*. Así el acto poético se convierte en una suerte de liturgia o ceremonia (toda ceremonia se dirige a una presencia que sobrepasa al hombre) y lo real deviene, entonces, *símbolo*, vale decir, significación trascendente, por tanto, lenguaje universal. Para Pablo Antonio Cuadra la naturaleza, el mundo y el paisaje, parecen justificar su existencia, estar ahí en su incesante y eterno esplendor, obedecer a sus vastas mutaciones y a sus equilibrios, para ser celebrados, consagrados, para trasmutarse en canto o dar pie al oficio del poeta y a las transfiguraciones del poema. Ya en uno de sus tempranos textos de *Canciones de pájaro y señora* (1929-1935), especie de esbozo de un *arte poética* en potencia, esa idea (indiscutiblemente ligada a lo mejor de la metafísica simbolista de la que siempre ha sido deudora la mejor poesía) de la naturaleza como pre-texto (y pretexto) o, incluso, texto que aguarda la mediación (¿iniciación?) del poeta para cobrar significados, la encontramos así simbolizada:

*“Un siglo de ceibo fue iniciado  
por un pájaro”  
(...)  
Pero ¡ved! un árbol  
con tanta ley y majestad y células  
en números redondos fue construido  
para que una rama sostenga  
a mediados de abril y mientras canta  
¡un pájaro!”.*  
(“Sobre el Poeta”)





Si nos remitimos al plano más simbólico de sus significados, estos versos figuran la relación mundo-poeta-poesía según la personal perspectiva de Cuadra en sus propios libros. La realidad y el mundo natural están allí para ser transformados por el poeta en otra realidad, la del arte y la poesía, más densa en su textura que la realidad primera de la cual deriva, gracias a la penetración del alma de la lengua.

Sin embargo, no es únicamente la naturaleza el lugar privilegiado de su visión. Esta sobrevuela todas las dimensiones, se desplaza en todos los sentidos de la realidad de su país (en el cósmico del espacio natural y en el sentido humano de la historia) a fin de hacerla proferir palabras esenciales y revelar sendas no holladas hacia su identidad.

“Tengo que hacer algo con el lodo de la historia”, nos dice en uno de sus poemas. La voluntad creadora, hacedora, esto es: poética, en sentido estricto (si nos atenemos al orden de las etimologías), lo empuja con la misma pasión plástica, vale decir, estética, con que sus “manos imaginativas tallan como los indios/ los lejanos pájaros del aire” —verso de otro poema, alusivo, sin duda, a la relación eminentemente plástica de ascendencia indígena que mantiene con el paisaje de su tierra— a querer darle forma, sentido espiritual, valor humano, a la dramática historia de su país.

Es obvio que en el imperioso propósito de “hacer algo con el lodo de la historia”, subyace como trasfondo, entre otras connotaciones más inmediatas de las cuales nos ocuparemos luego, la imagen bíblica de la creación del hombre a partir del barro y la convicción cristiana de que, dada la naturaleza corruptible del hombre, el mal está en la historia, pero que ésta es redimible por la conciencia religiosa, la voluntad moral y la contemplación de la belleza. En Pablo Antonio Cuadra la conciencia estética va aparejada a una recia conciencia ética y cristiana. Objeto de su inquietud, como



afirma el poema “A Ernesto Mejía Sánchez”, de *Canto Temporal* (1943), es “la múltiple unidad trascendente del hombre”. De allí su condición de humanista, su fe en los valores trascendentes de la persona y de la cultura o, más exactamente, en la historia de la cultura y sus obras, como manifestaciones de lo más alto y noble que el hombre labra en su trayecto temporal.

Gracias a esta triple posesión: conciencia poética, re-ciedumbre ética y sentido histórico, plasmada en los ejes temáticos y las formas en torno a las cuales gira y evoluciona como en una espiral ascendente la totalidad de su obra, el plantador de estos *Siete árboles contra el atardecer*, adquiere en el contexto de la revolución nicaragüense y de los ideales que ella postula, la estatura de un poeta ejemplar.

Decimos ejemplar —aunque seguramente al poeta le incomode el título, conocida como es su proverbial humildad (¿orgullo de poeta?)— porque Cuadra, merced a la conciencia estética, por una parte produce, junto con otros escritores de su generación, una ruptura —tanto formal como temática— en la tradición literaria de Nicaragua: la “revolución vanguardista”; por otra, lo cual es aún más importante y subversivo si se le mira a la luz retrospectiva de los lentos condicionamientos culturales que preparan hechos históricos como los que hoy vive Nicaragua, introdujo un nuevo modo, y con ello una nueva sensibilidad, de percibir la realidad y el paisaje de su propia tierra.(2)

*Canciones de pájaro y señora* (1929-1931) y *Poemas Nicaragüenses* (1934), son libros que corresponden al predominio, sobre los otros dos rasgos, de la preocupación es-

(2) El análisis de las relaciones profundas y los secretos lazos entre el “movimiento de vanguardia” de Nicaragua, la gesta coetánea de Sandino y el fenómeno de la Revolución Sandinista actual, reclaman un ensayo aparte desde la óptica y con los métodos de la sociología de la cultura.



tética (especialmente en lo que ésta tiene de contemplación y de asombro ante las cosas). Con todo, el despunte de la conciencia ético-religiosa y el sentido histórico están ya, aunque todavía en proceso de gestación, pero anunciando los acentos de la obra posterior, en *Poemas Nicaragüenses*, con lo cual éste adquiere las características de un libro de transición:

*"Tengo que hacer algo con el lodo de la historia,  
cavar en el pantano y desenterrar la luna  
de mis padres. ¡Ob! ¡Desata  
tu oscura cólera víbora magnética,  
afilas tus obsidias tigre negro, clava  
tu fosforente ojo ¡allí!*

*En la médula del bosque  
500 norteamericanos!"*

Ante el avasallamiento y el ultraje de la intervención extranjera, se dispara la exigencia ética y la noción del deber moral, lo cual supone en este caso, en un mismo movimiento de la conciencia estremecida, la revelación de la pertenencia a una historia propia, a una cultura específica, a un linaje particular de dioses y de hombres ("desenterrar la luna de mis padres") y, también, de bestias, a los que se convoca para resistir.

Con el despertar de la inquietud ético-religiosa —lo cual abrirá cada vez más a un sentimiento de solidaridad humana y al reclamo de lo sobrenatural—, aunado al desarrollo del sentido histórico, que no es otra cosa en el escritor (evítense, por tanto, equívocos historicistas) que la capacidad de aprehensión no sólo del ser pasado del pasado, sino, además, de la presencia de éste en el presente, la obra de Pablo Antonio Cuadra comenzará a discurrir —sin abandonar, por supuesto, las posesiones y conquistas formales de la primera época, al contrario, depurándolas y ensanchándolas— por tres cauces



de poesía que continuamente se entrecruzan y mezclan en sus libros posteriores: una poesía de solidaridad humana y la caridad, testificadora del amor y la fe en Cristo como fuerzas de salvación; una poesía de la civilidad y la dignidad, resistente al “desorden” establecido y a la negación de la libertad, y una poesía de la cultura, de la búsqueda de la identidad nacional y el espíritu del pueblo, a través de la indagación lírica del arte y los mitos.

Y en la navegación de estos tres cauces, Cuadra reafirma su condición de poeta ejemplar en el marco de la revolución.

El primero de ellos es el resultado de una verdadera “revolución interior” (“La revolución comienza en nosotros mismos”, decía Peguy). Responde a una profunda y radical transformación del esquema de valores con los cuales jerarquizaba el mundo. Producto de una crisis espiritual personal, desencadenada en él al descubrir la crisis de civilización y el desamparo del hombre contemporáneo, puestos de manifiesto por la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial, la poesía escrita después de *Poemas Nicaragüenses*, se volverá, en un como desplazamiento del mundo-objeto o universo externo de las cosas, al mundo-sujeto o universo de la persona, hacia la propia interioridad y la de los otros, descubriendo allí la figura redentora de Cristo y la luz sobrenatural de la Gracia.

Buena parte de los textos recogidos en *Canto Temporal* (1934) y *Libro de Horas* (1945-1960), están destinados a referir los efectos de esa experiencia interior que fue como una suerte de “reconversión” religiosa, de renovación de la fe cristiana y reencuentro con los significados más hondos de la creencia. Otros poemas exaltarán la dimensión colectiva de esa misma experiencia. El diálogo interior o compartido sobre “su íntima y ardiente vital resurrección”, se harán



himno comunitario, canto coral convocando a su pueblo a participar del mismo “sentido de la luz” sobrenatural que en él ha liberado una nueva visión de las cosas sencillas de su “pequeño país cristiano”.

De la misma manera que *Poemas Nicaragüenses* opera como un libro de transición entre una poesía fundamentalmente dominada por una percepción estética de la naturaleza y el paisaje nicaragüense a una escritura de resonancias ético-religiosas, el *Libro de Horas*, a través de la serie de poemas cuyo soporte simbólico son los meses del año, recoge la fase de preparación para lo que hemos denominado la poesía de la civilidad y la poesía de la cultura y los mitos.

En efecto, las tres obras posteriores: *El Jaguar y la luna* (1959); *Cantos de Cifar* (1971) y *Esos rostros que asoman en la multitud* (1976), se inscriben de lleno en esos dos cauces, mezclándolos cada vez más, haciéndolos cabalgarse mutuamente, fundiéndolos a manera de persecución de la *síntesis* que ahora logra en los poemas del presente libro. Son expresión típica de las sociedades en las cuales hay, por efectos de la transculturización y la penetración extranjera, una falta o degeneración de los valores culturales tradicionales y una enorme sed de justicia política.

Donde reinan las mentiras o la censura, como aconteció durante los largos años de la dictadura somocista, la poesía —más en Nicaragua donde todavía el poeta parece cumplir una función profética— puede convertirse en fuente de noticias. El poema es una conspiración en presencia de todos, tal como acontece, si las ubicamos en el contexto político de la tiranía dinástica, en algunas composiciones de Cuadra y en forma más espectacular y publicitada en la obra de Ernesto Cardenal. Aquí los contramundos del lenguaje y los desplantes de la imaginación se convierten, gracias a la libre naturaleza de la palabra fabuladora, en una flagrante crítica de la rea-



lidad establecida. La poesía aunque no se lo proponga, por el solo hecho de serlo, en una sociedad donde la norma es el silencio y la palabra omnímoda del tirano reina, deviene oposición y exigencia indestructible de libertad.

Y a esta línea de poesía pertenecen “Septiembre”, especie de elegía a Sandino, en *Libro de Horas*; “Urna con perfil político”, “En el calor de agosto”, “La pirámide de Quetzalcóatl”, en *El jaguar y la luna*; “Apocalipsis con figuras”, serie de poemas que constituyen la parte final de *Esos rostros que asoman en la multitud*.

Nacida del imperativo cívico, esta poesía tiene, empero, su fuente primaria en un territorio más vasto y anterior: el de la solidaridad. Solidaridad que al bifurcarse en dos direcciones dará origen, convirtiéndose así en fuente común, a un trabajo de búsqueda y fundación de la identidad cultural a través de la creación poética y la restauración del mito. Una dirección es la solidaridad que Cuadra experimenta con el *pasado* de su pueblo, lo cual lo lleva a “desenterrar” y revalorizar las raíces indígenas de la cultura nicaragüense, pero afirmando, a la par, sin nostalgia o absurdos complejos históricos, la condición *mestiza*, el “ser dual con dos mitades dialogantes y beligerantes”, de esa misma cultura. La otra es la solidaridad que siente con el *presente* dramático de su semejante, de su hermano, lo cual lo conduce a encontrar las verdaderas señas de identidad, el rostro humano de la sociedad, en los humildes, los desheredados, los pobres, los humillados, los explotados de su tierra.

Ahora bien, es en esta empresa de interrogación y fundación poética de la identidad nacional, donde la condición de artista y poeta de Pablo Antonio Cuadra, esto es, el poder o virtud para revelar el ser, para desocultar con la palabra y “erigir en su *decir* primariamente un mundo” (según la fórmula heideggeriana), se manifiesta con mayor plenitud.



Buscando expresar la identidad de su pueblo, acuciado por la necesidad imperiosa de apresar lo más singular, permanente, inmutable y propio de su cultura como seña de identidad, como anclaje ante el vendaval de lo histórico y lo vandálico, bárbaro, de la historia, Cuadra apelará al mito, incrustándolo en su poesía. Este viraje hacia la tradición, los mundos y las formas literarias más antiguas de su país, convertirán el trabajo creador desde *El jaguar y la luna* hasta *Siete árboles contra el atardecer*, pasando por *Cantos de Cifar* y *Esos rostros que asoman en la multitud*, en una incesante y persistente tarea de remitificación y mitificación de la realidad nicaragüense.

Dicha labor la asume de dos formas. La primera consiste en recurrir, recreándolos, a los mitos indígenas. Abre puertas por donde irrumpe el pasado mítico y los mitos del pasado, los grandes soles precolombinos, a fin de que se opongan a las sombras del presente. *El jaguar y la luna* es por ello, sustancialmente, una tentativa por reencontrar en el pasado, frente a un orden social e histórico fracturado, degradado e inhumano, la totalidad de lo humano en el espacio del mito. Si algo satisface el espíritu de totalización, como se sabe, son los engranajes míticos, por cuanto desarrollan un cosmos en el que lo natural, lo humano y lo sobrenatural se hacen solidarios entre sí y se entregan a un vasto proceso de intercambios y metamorfosis que diluyen las oposiciones y las diferencias de la realidad fragmentada. Por eso, el esfuerzo de Pablo Antonio Cuadra al reactualizar el lenguaje y las imágenes de sus ancestros, se orienta no a *evocar* sino a *convocar* un ayer que no sólo constituye raíz de identidad cultural, sino, sobre todo, universo susceptible de transformarse —actualizando sus valores— en el espacio humano por excelencia, en refugio y trinchera del hombre frente al desarrollo absurdo de la historia social y política. En este sentido, el retorno a la plenitud existencial y diversa complejidad significativa que el mito postula, no es —en tanto búsqueda del



origen— empresa “arqueológica” como podría pensarse, es decir, retorno al pasado para desenterrarlo, restaurarlo y exhibirlo como pieza de museo, sino, propuesta de futuro, *proyecto* antropológico, para ser asimilado y vivido en sus valores. No en balde Cuadra en su poema “La calavera de”, explicita la actitud y el sentido de la restauración del pasado indígena:

“... ¡Ab! Mis cantos  
 ¿Serán también arqueología?  
 Investigadores  
 cavan el lugar de mi sueño.  
 Oigo sus términos. Escucho.  
 No dicen: “amó como nosotros”.  
 Miden mi cráneo”.

*Cantos de Cifar y del mar dulce y Esos rostros que asoman en la multitud*, van a encarnar la otra forma de la invasión del mito. A diferencia del libro precedente, en estos dos no recurrirá al universo específico de la mitología precolombina para remitizar experiencias de la actualidad. Ahora se trata de la propia capacidad mitificante del poeta que entra en juego. Mitifica directamente la realidad popular e inventa nuevas mitologías. Ello, empero, no significa que eluda la mediación —sin duda, menos ostensible, pues estamos más habituados, por la herencia literaria predominante, a sus figuraciones y a su iluminación— de otro orbe mítico anterior, sólo que ahora de una procedencia distinta, concebido en la otra matriz cultural de la cual, por la historia y la lengua, el poeta proviene: occidente.

En efecto, los *Cantos de Cifar* son la exaltación de una experiencia biográfica y social concreta, dentro de un aura mítica y épica cuyo prototipo es el de Ulises. Allí se canta a la solitaria grandeza de Cifar Guevara, alias El Cachero, un humilde y real navegante (el mito lo hace “real” en el doble significado del término) del gran Lago de Nicaragua,



y del linaje y la innata sabiduría de la humanidad que él resume: pescadores, peones de hacienda, marineros, prostitutas de puerto, campesinos isleños, mendigos, guitarreiros, locos solitarios, bellas mujeres, sibilas y maestros de oráculos. Refiriéndose a la génesis personal y socio-cultural de estos poemas, Cuadra ha escrito: “y en medio de aquella gente y de aquel duelo, un joven poeta, que llevaba en el bolsillo una gastada edición de *La Odisea*, miraba todo aquello y abría su corazón a lo que veía”. Y el mismo poemario se cierra con estos versos:

*“Todo parece griego. El viejo Lago  
y sus hexámetros. Las inéditas  
islas y tu hermosa cabeza  
—de mármol—  
mutilada por la noche”.*  
(“Mujer reclinada en la playa”)

Por su parte, *Esos rostros que asoman en la multitud*, constituye una prolongación de la voluntad mitificadora. No obstante, debe señalarse que, significativamente, como ocurre con la transición de la epopeya a la novela, el aura épica más definidamente intemporal que hace de Cifar un héroe mítico (nace de la eternidad que son las aguas del Lago y desaparece en esa misma eternidad), da paso en *Esos rostros*, al personaje: el héroe novelesco.

Algún comentarista ha visto en los *Cantos*, “una épica humilde y popular que condensa al máximo las posibilidades poéticas de lo narrativo y el proverbio”,<sup>(3)</sup> y Sergio Ramírez, narrador y crítico, en la actualidad miembro de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, ha señalado a propósito de *Esos rostros que asoman en la multitud*: “Casi podríamos creer que estos personajes contenidos en la

(3) Nota crítica colocada, a manera de biografía, al final de la antología de Cuadra: *Tierra que habla*, Editorial Universitaria Centroamericana. Costa Rica. 1977.



poesía, están como la cápsula experimental de una novela nicaragüense. Se recurre a sus propias vidas para dar argumento al poema —porque son poemas con argumento, historias reales— y estas vidas resultan singularmente dotadas de carga poética y novelesca”.

Y esta característica, tan atinada y certeramente puesta de relieve por Ramírez, nos parece obedecer a las afinidades entre la motivación profunda del modo de creación de esta poesía y la génesis y destino del género novelesco desde una perspectiva socio-histórica. Sin duda, estos “poemas de personajes”, así como la epopeya cotidiana y humilde de Cifar, semejan “cápsulas experimentales de una novela nicaragüense”, puesto que de la misma manera que la novela nace como género para anudar lazos vivenciales entre el mito y la historia concreta, y la novelística moderna ha asumido el destino de establecer relaciones entre la historia y los ideales (éstos hacen el papel del mito en un universo cada vez más desacralizado y penetrado por la conciencia puramente histórica), los poemas de Cuadra tienden a integrar —como ha caracterizado Luckács a la novela— lo mítico en la historia para con ello hacer que surja la figura de un hombre total. Además, como en la novelística, cuyo tema supremo —según la fórmula de Forster— es “la vida de los valores”, la temática de estos poemas busca, precisamente, la confirmación de la existencia de valores superiores en las clases populares, representadas en las figuras del “mar dulce”, cuya “nobleza” la mediación de un mito pone al descubierto, y en esos personajes, mitificados por el poema, cuyos rostros —“pétalos en mohosa, negra rama”, como dice el epígrafe de Pound colocado a la cabeza del libro— son rescatados simbólicamente de la despersonalización, la corrupción histórica y la muerte social.

Pero no es la correlación entre la poética de Cuadra y, más que la novela, “lo novelístico”, lo que nos interesa de-

tallar. (4) Nos importa sí destacar, pues facilita la explicitación de uno de los sentidos claves de *Siete árboles contra el atardecer*, las funciones que lo mítico desempeña en la aspiración de forjar una poesía de la identidad cultural.

Ligada a la evidencia y percepción crítica de una situación histórica y social en proceso de descomposición y enferma, donde —como ya lo señalamos— existe una ausencia o degeneración de los valores tradicionales que dan fisonomía propia a una sociedad, la necesidad de apuntalar la identidad para resistir a la alineación cultural, induce a la conciencia creadora a recurrir a los mitos. Estos cumplen, como bien se sabe, una función privilegiada: precisamente la de identificación colectiva. Son la memoria de un pueblo. Señalan los orígenes y proponen modelos intemporales de existencia. Son, además, expresión de la totalidad y la permanencia, saber acumulado de lo que fue, es y será. Hechos de tiempo igual a sí mismo, “ontológico”, como diría Eliade, se sustraen al flujo de la historia. Por ello, se han alzado siempre contra la disolución y la muerte, y sus mutaciones y metamorfosis concitan a una constante resurrección. Es obvio, entonces, que el eje de una poesía cuya preocupación primordial sea rescatar la identidad colectiva y de nuevo querer “hacer algo con el lodo de la historia”, recupere los territorios de la conciencia mítica, remontándose por ser bifrontal la cultura de su autor, a la doble frontera de donde arrancan: la precolumbina y la europea. (En este proyecto podría decirse que la obra de Cuadra es a la poesía centroamericana lo que la de Asturias es a la novela).

Por otro lado, estrechamente vinculada a esta función fijadora de la identidad cultural, las formas míticas y la voluntad remitificante del poeta, juegan un rol decisivo de

(4) En tanto categoría literaria producto de una especial relación entre el mito y la historia y, por lo tanto, anterior al género narrativo, lo novelístico es aplicable a la poesía, de la misma forma que se habla de lo poético en la novela.



equilibrio psico-social y antropológico ante los procesos de descomposición del cuerpo social. Correspondió a Bergson el mérito de haber establecido de manera explícita el rol de lo que él denominó “función fabuladora”. La fabulación que prolifera en los mitos y los poemas es, en general, una reacción defensiva de la naturaleza contra la representación, por parte de la inteligencia y la conciencia, de la decrepitud y la muerte. Tiene, por tanto, carácter de *antítesis* a la disolución, de resistencia frente al desaliento. Se sitúa del lado del instinto, de la adaptabilidad vital ante la mutación continua y amenazante de los hechos y, por lo mismo, de la muerte. La creación simbólica y poética, en consecuencia, encierra siempre un *proyecto vital*, afirmativo, muy concreto que la imaginación presenta al pensamiento. Teóricos ulteriores —psicólogos, antropólogos de lo imaginario, simbólogos, historiadores de las religiones, etnógrafos— han confirmado lo que uno de ellos, Gilbert Durand, al hacer un balance antropológico de las culturas y sus monumentos poéticos y artísticos, llama “función de eufemización” de la imaginación mítica y simbólica. Función que no es la de “un mero opio negativo, máscara con que la conciencia oculta el rostro horrendo de la muerte, sino, por el contrario, dinamismo prospectivo que, a través de todas las estructuras del proyecto imaginario, procura mejorar la situación del hombre en el mundo”. (Durand, *La imaginación simbólica*). Convenimiento al que había ya llegado en relación con el mito el etnógrafo Marcel Griaule en su famoso estudio sobre las *Máscaras dogons*: “El mito es nada más que el método seguido (. . .) por los hombres para restablecer en lo posible el orden y limpiar los efectos de la muerte. Por lo tanto, contiene un principio de prohibición y conservación que comunica al rito”.

Bien, expuesto a la iluminación teórica de estas concepciones, el libro que ahora se publica, se erige, a nuestro juicio, en una singular muestra de esa “empresa eufémica” a la que



se ha consagrado el poeta a lo largo de toda su obra, pero de modo más consciente y deliberado desde *El jaguar y la luna*, a fin de rebelarse, a través de una suerte de insurrección mitopoiética, contra los últimos cincuenta años de malestar histórico de su país. No podemos olvidar que la génesis de los libros fundamentales de Pablo Antonio Cuadra —lo cual nos parece algo más que producto del azar— está siempre asociada a períodos críticos de tragedia social y política o de catástrofe colectiva: *Poemas Nicaragüenses*, a la intervención norteamericana en Nicaragua; *Canto Temporal*, al estallido de la Segunda Guerra Mundial, cuyo impacto inicial lo recibió el poeta estando de paso por Europa; *El jaguar y la luna*, a los años más duros de la dictadura del primer Somoza y a la escalada de represión que originó su muerte e instauración de la dinastía; buena parte de *Esos rostros que asoman en la multitud*, al terremoto de Managua de 1972.

De igual forma, *Siete árboles contra el atardecer* fue compuesto entre 1977-1979, los años de paroxismo del terror somocista, de mayor empuje de la guerra popular sandinista, del asesinato de Pedro Joaquín Chamorro y de la insurrección final contra el tirano. Ante el terrible y sobrecogedor mural de devastación, violencia y muerte que ese período significa; frente a la desintegración social, la catástrofe espiritual y la perversión histórica que ello supuso —mientras Cuadra, el intelectual, el periodista y el patriota, combate con las armas que le son propias, hostigando al dictador desde el diario *La Prensa*—, Pablo Antonio Cuadra, el poeta, obedece al impulso irresistible que le viene de una auténtica naturaleza de artista, para librarse (con los poderes mágicos de la poesía) al empeño de exorcizar “los poderes de la Casa Negra” —como los designa el poema “El Júcaro”— y a restituir, por vía del mito y los modelos de conducta que propone, la integridad perdida.

Esta obra fue, pues, escrita para de alguna forma, arraigar y cobijar, mediante la asunción de una cultura, es decir,



un “cultivo” con valores propios (por eso de árboles se trata), una precaria existencia social constantemente expuesta a la inseguridad, al sufrimiento y a la muerte. Así la “empresa eufémica”, con recurrencia al mito para que refuerce aún más el arte de la poesía en su tarea, se cumple en estos *Siete árboles contra el atardecer* de una manera casi diríamos paradigmática. Y es Cuadra mismo quien nos da la pauta de su propósito. El epígrafe tomado de “*Los Siete contra Tebas*”, de Esquilo, por una parte, introduce de inmediato al lector en el sentido de resistencia y protección a través del mito que se desea conferirle a la obra y, por otra, gracias a las reminiscencias y ecos que desata de guerra fratricida y de tragedia, alude (además de a una cierta noción que Cuadra tiene sobre la historia de su país, como signada por un destino dramático) a las condiciones concretas, (políticas, históricas y sociales) en medio de las cuales el libro fue elaborado. Cabría rastrear y comparar las coincidencias, no sabemos si conscientes o inconscientes, de *Los siete contra Tebas* —tragedia donde todo, incluso el sentido religioso, queda sometido al sentido de la guerra civil por el trono de Tebas—, y el trasfondo de *Siete árboles contra el atardecer*. Por ejemplo: ¿Se corresponde a nivel simbólico el drama y el destino de Eteocles, personaje eje de la obra de Esquilo y la más bella expresión del guerrero-héroe del teatro griego, con el héroe-mártir del poema “El Jícaro”, escrito en memoria de Pedro Joaquín Chamorro? Otros paralelos pueden insinuarse, asimismo, a la percepción crítica: la pieza de Esquilo es el drama de una “tercera generación” en la que media un parricidio: tres generaciones duró la dinastía de los Somoza ¿y no se proyecta ante la conciencia nicaragüense de hoy la muerte de Sandino, padre de la soberanía nacional, como un “parricidio histórico”? Sin embargo, ello es materia para otras indagaciones que los límites de una introducción —por lo demás ya transgredidos— impiden.

En la línea de reflexión que hemos venido desarrollando. sí nos interesa insistir en lo que ya señalamos: los textos



de *Siete árboles contra el atardecer*, tienen en su carga mítica una intención restitutiva de la integridad social, afirmativa de la identidad “radical” de una cultura, promotora de unidad y reconocimiento ontológico de un pueblo:

*“Escucha, pues, este poema, sembrador de árboles:  
fue escrito para un pueblo donde la violencia abate  
al héroe y al amante:  
¡Corta tú en mi nombre una rama al Xocotl de los náhuas  
y siébrala en tus caminos  
isiébrala en tu historia!  
porque este es el árbol que cierra y abre heridas:  
Las cierra con su corteza cuando son heridas de guerra.  
Las abre con sus frutos cuando son heridas de amor”.*  
(“El Jocote”)

La intencionalidad mítica alcanza tal grado que puede con absoluta propiedad y pertinencia establecerse la identificación de estos poemas con el canto a siete *árboles totémicos*, siete *totems* vegetales, cuya función, como en algunas mitologías indígenas caracterizadas por el totemismo, es servir de emblemas protectores de la comunidad o como ascendientes o progenitores de la misma. Basta leer el bellissimo texto consagrado a la ceiba, para advertir la savia “totémica” que circula en la entraña de estos árboles hechos de memoria ancestral y de “lenguaje de la tribu”. De la misma manera que la Ceiba “es *Vahonché* que cita Landa y que quiere decir palo enhiesto de gran virtud contra los demonios”, el Jenísero, “árbol paterno”, se erige para el poeta en emblema protector y progenitor de vida:

*“y entonces entendí yo, como si descifrara, que lo que  
teme el corazón  
—lo ciego, lo siniestro, lo tenebroso—  
estaba afuera,  
al otro lado del límite de su sombra pero acechando  
rodeando al árbol paterno, rondando  
con su saña el círculo de su verdura.*



*Porque el Jenísero fue creado  
para cubrir lo que se ama  
para establecer bajo sus ramas el espacio de la vida  
ipotestad pacífica erigida contra lo Terrible!  
("El Jenísero")*

Asimismo, a manera de los mitos de fundación, cada uno de estos poemas-árboles identifica y resume un valor, una virtud o una facultad humana; explica el origen de un conocimiento, de una técnica, de un oficio, de un utensilio o, simplemente, da sentido a una costumbre, a un comportamiento, a un hecho natural, a un acontecimiento histórico o a una relación social. En ellos se codifican fragmentos de una sabiduría milenaria, discurre el espíritu de una ética social y se despliega la arborescencia de una cultura. La ceiba es el árbol de "la preñez y la fertilidad" y "de este árbol aprendió el hombre la misericordia y la arquitectura / la dádiva y el orden". El jocote es el "árbol del amor", "reúne en su sabor a los opuestos" y "su corteza suelda las heridas como por milagro". El panamá, "da luz a la asociación y la simplicidad", enseñó al hombre a construir "la primera canoa" y proporcionó al indio sus virtudes medicinales. El cacao, "un don de Quetzalcóatl a los pueblos que escogieron la libertad". El mango, que "llegó a Nicaragua del lejano Hindostán", parece reproducir en el itinerario y vicisitudes de su trasplante, la aventura legendaria y el arraigo del colonizador español en América. El jenísero, "árbol ganadero", donde "se sienta el sol a distribuir justicia", es, además, el árbol fundador por excelencia, bajo su "sombra pastoral" se rescatan hechos de la historia y la cultura patrias. El jícaro, símbolo de la *violencia fundadora* que está en la base de todas las civilizaciones, da origen, mediante un rito sacrificial, a la libertad y a la cultura. Por todos estos elementos, apenas esbozados y que profundizará el lector cuando se introduzca en los poemas, vemos en esta obra de Cuadra una expresión simbólica de la vo-





luntad ordenadora y constructora del poeta ante su presente convulsionado y caótico.

Podría pensarse que el montaje simultáneo de materiales míticos, referencias históricas, alusiones culturales y literarias, fragmentos de crónica, trozos biográficos e invenciones y reinventones personales (con la diversidad de imágenes, tonos, lenguajes e, incluso, lenguas que ello implica), responden a una intención integradora del repertorio de procedimientos y técnicas empleadas en sus libros anteriores. Esta apreciación puede ser válida, pero es secundaria. Deudora de procedimientos que son comunes a los grandes de la poesía contemporánea: T.S. Eliot, Ezra Pound, Ungaretti, Octavio Paz, entre otros, la razón de esa técnica dominante a lo largo de todos los poemas y que hace de la obra una suerte de amplio *collage* de alusiones y referencias, posee un sentido más esencial: dar una visión de la totalidad y presentar una vasta metáfora de la integración en torno al mito, como vía de recuperación de un orden espiritual desintegrado. El método —empleo de formas del pasado para estructurar y ordenar una totalidad cuya fuerza simbólica actúe sobre el presente— no es más que el correlato formal o estético de las motivaciones éticas y los propósitos espirituales del escritor. Y gracias a ello el libro se transforma en un arsenal inagotable de significaciones, suerte de palimpsesto cuya superposición de escrituras, a medida que propone la adhesión a los mitos de la tierra contra la alienación y la disolución (quizá, también contra la desilusión), organiza, en el amplio repertorio de sus imágenes y ensoñaciones, la radiante imagen de una cultura nutrida de diversas raíces y abierta a lo universal.

Una vez más, Pablo Antonio Cuadra con éste su último libro, hace patentes, los privilegios de la poesía en tanto obra de arte, es decir, ser palabra fundante. Si en *Poemas Nicaragüenses* había logrado darle al paisaje de su país realidad universal, incrementándolo en su capacidad para asombrar y dar



sentido a la vida humana sobre él plantada, ahora, en estos *Siete árboles contra el atardecer*, el logro tiene las mismas dimensiones o, quizá, más vastas, en relación con la cultura asentada sobre su tierra. Aquí la totalidad de lo real nicara-güense queda plasmada: naturaleza, historia, hombre y mito; pasado y presente, pero también un porvenir posible, en la medida en que esa realidad, gracias al arte, es comprendida a partir de un sentimiento de vida y de templos de vida fundamentales, que hacen de ese “comprender”, no la pasiva captación y aceptación de una realidad existente en sí de antemano, sino la creación de otra en función de nuevas claves de existencia, por ende, *proyecto ejemplar* de esa misma realidad, develación e incremento de su ser, es decir, nuevo mundo.

Léanse, pues, estos poemas, como lo que son en su entrañable lenguaje: afirmación mítica de una Esperanza, raíz y copa florecida de un pueblo.

*Guillermo Yepes Boscán*



...lo que tú ves desde su copa es lo que tu corazón  
anhela...

## La Ceiba



Cuando vinieron nuestros progenitores  
—“*e viniéronse porque en aquella tierra  
tenían amos, a quien servían,  
e los tractaban mal*”—  
subieron al gran árbol el día en que abre sus frutos  
y soplaron sus semillas aéreas para trazar la ruta del éxodo.  
Y unas semillas tomaron la ruta de las aves que se nutren de  
gusanos  
y otras las de los pájaros chicos que vuelan en solidaridades y  
se alimentan de granos  
y otras tomaron la ruta de los buitres y quebrantahuesos que  
viven de la carroña y desde su altura sólo ven la muerte  
y otras tomaron la ruta de las águilas y cóndores, la más alta,  
la que sólo es cruzada por las mariposas y por los pensamien-  
tos de los pensadores.

Este es el árbol de la contradicción  
Este es *Vahonché* que cita Landa y “que quiere decir palo  
enhiesto de gran virtud contra los demonios”.  
Este es el árbol gigante que Gómara vio y quince hombres  
cogidos de las manos no podían abarcarlo.  
Este es el árbol de los Trévedes que cuenta Oviedo más  
alto que la torre de San Román de la ciudad de Toledo.  
Y es el que cuenta Núñez de la Vega que tienen los moradores  
de esta tierra en todas las plazas de sus pueblos  
y debajo de ellos hacen sus cabildos  
y los sahúman con braceros porque tienen por asentado  
que de las raíces de la Ceiba les viene su linaje.



Yo he recordado su sombra antigua recorriendo esta  
ciudad en ruinas.

En la Calle Candelaria donde estaba mi casa  
—hablo de la vieja casa donde yo nací—  
ya no queda piedra sobre piedra.

Y la luna  
ese cuervo blanco  
diciendo ¡Nunca más!

Yo he recordado su antigua sombra aquí donde no hay amor  
suficiente  
para levantar estas piedras.

*“¡Sal de ellas, pueblo mío!”*

Un techo nuevo cubra tus exilios. Un madero  
extienda sus ramas.

He aquí

lo que estaba dicho en el libro de los profetas de Chumayel:  
“Se alzaré Yaax-Imixché, la Verde Ceiba, en el centro de la  
provincia  
como señal y memoria del aniquilamiento”.

Allí donde nace este Arbol es el centro del mundo.  
Lo que tú ves desde su copa es lo que tu corazón anhela.

Este es el árbol que amorosamente sienta tu infancia en  
sus rodillas.  
Con el algodón liviano y sedoso de su fruto tu pueblo fabricó  
sus almohadas  
donde reclina su descanso y elabora sus sueños.

Si suben a este árbol, la serpiente se hace pájaro  
y la palabra, canto.

Esta es la Madre Ceiba en cuyo tronco hinchado tu  
pueblo veneró la preñez y la fertilidad.



De su madera blanca y fácil de labrar tu pueblo construyó  
una embarcación de una sola pieza  
y esa embarcación es su cuna cuando inicia su ruta y es su  
ferétro cuando llega a puerto.

De este árbol aprendió el hombre la misericordia y la  
arquitectura,  
la dádiva y el orden.





...¡Gloria a Dios por una muchacha de quince años...

## El Jocote



En el principio eran dos árboles:  
el uno creado por el sol y el otro por la luna  
el uno que extraía del sol el secreto de la acidez  
y el otro que extraía de la luna el misterio de la dulzura.  
Por eso el Jocote reúne en su sabor a los opuestos  
y se cubre de hojas cuando no tiene frutos  
y para dar sus frutos pierde todas sus hojas.  
Por eso los indios lo tuvieron como el árbol del amor  
porque para dar su dulzura se desnuda.  
Por eso el amor nace en esta tierra cuando los jocotes dan su  
fruto  
y los muchachos y las muchachas van a jocotear a los patios  
y a las huertas  
y es bajo los árboles que se aman.

¡Gloria a Dios por una muchacha de quince años  
y su lindo vestido que la cubría de alegres flores!  
— ¡Baja! —le dije—: Yo no soy guerrero.  
Desde que partió Quetzalcoatl, el pacífico  
los dioses de esta tierra han preferido el terror o las matemáti-  
cas

y usan los astros como dardos.  
En sus mitologías  
nunca bajó un dios a desposarse  
con una hija de los hombres.  
—¿Por qué tú no bajas? ¡Soy poeta!  
Y bajó ella. Y al ceñirla  
vi que los traviesos Tlamachas, pequeños como colibríes





habían colocado el árbol cargado de frutas  
en el lugar exacto de mi primer beso.

¡Gloria a Dios por esta estela con su fecha precisa  
esculpida de pájaros, de dulces brisas y el signo de este árbol!  
Entonces tú ignorabas que en las islas antiguas  
una Mirra se abrió para producir a Adonis.  
Entonces no habíamos escuchado a los narradores de leyendas  
que el Jocote engendró a Xocotzín, una de las cuatro Venus  
nahuales

(las Ixcuinames)  
a quien los códices dibujaban como te dibuja mi recuerdo  
mordiendo las rojas frutas agridulces.

Los españoles que convirtieron sus nostalgias en metá-  
foras

llamaron “ciruelas indias” a estas frutas  
y en botánica su nombre genérico es “Spondias”  
la palabra griega que usó Teofastro para nombrar a las ciruelas,  
pero ni el lustre griego, ni el parecido en el que tanto insistie-  
ron los hispanos  
hicieron olvidar al indio el nombre de este árbol:  
Jocote es “Xocotl” que en nahuatl significa “fruta”  
—la fruta por excelencia— la fruta  
de los cien sabores. Porque las hay verde-dulces y las hay  
amarillas

y existe el jocote llamado Tronador y el Boca-de-perro  
y el Guaturco y el Ismoyo  
y el Jocote de Lapa y el de Bejuco  
y el de Jobo y el de Venado  
y los hay —dice Joseph de Acosta— “unos que llaman de  
Nicaragua

que son muy colorados y pequeños  
que apenas tienen carne que comer  
pero eso poco que tienen es de escogido gusto  
y un agrillo tan bueno o mejor que el de la guinda”.



La madera del jocote es blanquecina o pardusca  
y su corteza suelda las heridas como por milagro, cuenta  
Oviedo, el Cronista.  
“Estando yo en la provincia de Nicaragua —escribe—  
se bautizó un cacique, señor de la plaza de Ayatega  
y este cacique en cierta batalla fue degollado por enemigos y  
lo dejaron por muerto  
pero sus indios recobraron su cuerpo y quitaron la corteza a  
un ciruelo de estos  
y se la aplicaron a la herida y con aquello soldó y sanó  
y yo le vi y le hablé  
y era cosa para espantar verle al cacique la garganta  
y las cicatrices y burujones por donde lo habían degollado”.

Escucha, pues este poema, sembrador de árboles:  
fue escrito para un pueblo donde la violencia abate  
al héroe y al amante:  
¡Corta tú en mi nombre una rama al Xocotl de los nahuas  
y siébrala en tus caminos  
isiébrala en tu historia!  
porque este es el árbol que cierra y abre heridas:  
Las cierra con su corteza cuando son heridas de guerra.  
Las abre con sus frutos cuando son heridas de amor.

1978



...Pero el árbol, compasivo, cerró sus jambas y lo ocultó  
en el tronco...

## El Panamá

*A Gloria Guardia*

En el clan de los Sterculia este hermano mayor del  
Cacao y del árbol de Cola,  
este gigantesco pariente del Castaño australiano de tronco en  
forma de botella  
y del venerado Parasol chino, bajo el cual soñó Tu Fu su  
extraño sueño sobre Li Po,  
prefirió entre nosotros el suelo calizo y arenoso  
y la vecindad y el ruido de las aguas dulces.  
Aquí creció fortificando su tronco con jambas o contrafuertes  
que avanzan contra el viento como el pie de los faraones  
colosales de Luxor.

Esta inmensa lámpara verde da luz a la asociación y a la  
simplicidad.  
Oyes el ruido sordo del bote arrastrado por los pescadores a  
la arena  
las voces que se avivan a la sombra del gran árbol.  
Tiran de la red a la playa y las mujeres  
ríen contando y escogiendo los pescados.  
Aún salta el Sábalo. Colea agónico el Guapote.  
Boquea la Machaca, la Guavina, el Bagre.  
Ensartan en bejucos las Mojarras de colores.  
Pelan el Gaspar y sube  
el humo azul. Los niños  
pepenan semillas del árbol y las tuestan al fuego. Entonces  
recuerdas la sentencia antigua: “Los más hermosos  
presentes de los dioses son siempre gratuitos”.



Una ave grande y blanca transportó la semilla de este  
 árbol.  
 Una ave solitaria y desgarrada venida del mar o de la luna.  
 Ellos recuerdan, junto a la fogata, la noche  
 cuando el Jaguar cazó al hijo del Pez Gaspar dormido entre  
 las jambas.  
 El Jaguar lo creyó muerto, lo cubrió de hojas  
 y lo dejó allí para llamar a su hembra y devorarlo.  
 Pero el árbol, compasivo, cerró sus jambas y lo ocultó en el  
 tronco.  
 Por eso, cuando el árbol cayó y el pescador quiso aprovechar  
 su madera  
 una voz le ordenó: —“No cortes ahí, corta más arriba”.  
 Y otra vez la voz le ordenó: —“No cortes ahí, corta más  
 abajo”  
 y la voz lo fue dirigiendo  
 y le ordenó cavar el tronco y ahuecarlo con fuego  
 y el hombre echó el tronco al agua y vio que navegaba como  
 el Pez Gaspar  
 y el hombre construyó la primera canoa.

Conocé este árbol: “*Sterculia apétala*”  
 “*Sterculia carthaginensis*”.  
 Conoce la mano verde de su hoja corácea, palmada, profunda-  
 mente triloba.  
 Conoce sus pequeñas flores campanuladas, amarillas con  
 manchas púrpuras olorosas a estiércol y a corral.  
 Conoce sus frutos de cinco folículos verde-pálidos abiertos  
 como un estuche  
 y sabe extraer sus cinco semillas negras y brillantes  
 envueltas en terciopelo gualda cuyos pelos erectos se clavan  
 urticantes en tus dedos.  
 Llámalo “Panamá”, que es su nombre y significa en náhuatl  
 “farmacia” o “venta de medicinas”  
 porque el indio descubrió que su semilla tostada tiene el sabor  
 del maní y alimenta y cura,

descubrió que su semilla molida produce un fino aceite,  
 que la concha de su fruto picada y cocida es un efectivo  
 emoliente  
 contra el reumatismo y los golpes endurecidos.  
 Luego la ciencia analizó su fruto y descubrió la Cortisona.

*Granada/Gran Lago. 1977.*



...El Jaguar lo creyó muerto, lo cubrió de hojas...



## El Cacao



*A Juan Aburto*

Lo bebían con flores.

En xícara pulida, batido con molinillo hasta levantar espuma.  
Era como beber la tierra: un trago  
    amargo  
    y dulce.

Linneo lo llama “Theobroma”: manjar de dioses.  
Oviedo, el Cronista, lo encuentra: “precioso y sano”  
“E dicen los indios que bebido el cacao en ayunas, no hay  
    víbora  
    o serpiente que los pique”.

Pero Benzoni, el italiano, lo rechaza: “Más bien parece un  
    brebaje  
    para perros que para hombres”.

Colón encuentra en su ruta una gran canoa con indios  
    transportando cacao.

Los lejanos caciques del Caribe trocaban oro y jade por  
    almendras.

Ana de Austria lleva en sus nupcias a la Corte de Francia la  
    fragante bebida.

Y el Doctor Juan de Cárdenas —médico de Virreyes— descubre  
    que es bebida contradictoria:

—“Fría, seca, terrestre y melancólica  
    como también aérea, blanda, lenitiva y amorosa”

Por eso Madame de Sevigné, moviéndose como una gaviota en  
    su salón

bebe en la fina taza de porcelana y sentencia:





—“Esta bebida actúa según los deseos de quien la toma”.  
 Y el reverendo Bruce, en Londres, sorbe puritano un trago de  
 chocolate y opina:  
 —“Es un enardecedor romántico más peligroso que una  
 novela”.

No es con vino sino con tiste que brinda el Güegüence.

Ahora somos materia prima. Los precios del Cacao en las  
 pizarras de la bolsa de Wall Street.  
 Y Ezra, en su canto: “Con usura el campesino no consume su  
 propio grano”.

El cacique don Francisco Nacatime dijo a su hijo:

—“¿Quieres ser rico? Siembra tu palito de cacao”.

Pero murió pobre. El árbol

juega con sus hojas alternas (ovaladas y grandes),  
 luego se cubre, como de estrellas, de inflorescencias  
 laterales (miles de pequeñas flores rojizas o amarillas).

Y las flores caen y sólo de unas pocas nacen sus “grandes  
 mazorcas

verdes e alumbradas de roxo”

con cinco celdas de semillas

o almendras envueltas en una pulpa jugosa.

Pero es árbol exigente. Y delicado,

“No vive sino en lugar cálido y umbroso  
 y de tocarlo el sol se moriría”.

Por eso siembran siempre un árbol a su lado —el Madrecacao,—  
 que lo cubre con su sombra gigante como un ángel.

Porque es uno de los árboles del Paraíso

y requiere —como la libertad— un cultivo laborioso y  
 permanente.

Su nombre viene de “caua”, tardarse, y “ca-caua” es tardarse  
 mucho

porque no es planta silvestre sino un don de Quetzalcóatl  
 a los

pueblos que escogieron la libertad.



Antes del Toleca y del Maya

Cuando Quetzalcóatl no era dios sino un hombre entre  
nosotros  
Cuando no se inmolaban hombres sino flores y mariposas a  
los dioses

Quetzalcóatl nos dijo: "Somos pueblo en camino".  
y nos dio el pinol —que se hace del maíz—  
y nos dio el tiste —que se hace del cacao y del maíz—:  
bebidas para pueblos peregrinos.  
Porque esta es tierra de transterrados.  
Gentes que sólo llamamos Patria a la libertad.

Pero vinieron los náhuas.

Voy cruzando caminos donde los tractores  
desentierran ollas funerarias. Allí quedaron sus huesos.  
(—Abuelo: *traes a cuestras la memoria de tu pueblo y es  
pesada como un fardo de piedras*)  
Aquí quedaron sus huellas. Toltecas. Pueblo de artífices.  
Fragmentos de una ánfora policromada tan exquisita como  
una

urna griega.

(—Abuelo *¿qué fuego encienden tus pedernales?*). Y leo  
en el Libro de los Orígenes, en los anales de los hijos de Tula:  
Año 1 Actl. Año del llanto.

Cayeron sobre nuestras tierras los Olmecas.  
Fuertes yelmos de cuero cubrían sus cabezas,  
gruesas corazas del algodón cubrían sus pechos  
lluvias de flechas cubrían como un toldo su avance  
pelotones con macanas seguían a los flecheros  
y a la retaguardia rechonchos enanos con cuchillos de obsi-  
diana

brotaban de la tierra exterminando a los vencidos.  
Y ya no habían páginas en nuestros libros para escribir  
nuestra historia

sino la lista interminable de nuestros tributos:  
Cien gallinas por tribu más cien cargas de cacao



Cien cargas de algodón más cien cargas de plumas  
Cien cargas de maíz y 20 piedras de jade  
Y cien piezas de loza y 20 piezas de oro.  
Y los hijos de Tula comían lagartijas y gusanos.  
Y esperaban la noche y unos a otros se decían:  
—¿Hemos castrado al sol que ya no alumbra?  
Y fueron al templo y ayunaron  
y sangraron sus miembros  
y con lágrimas y sangre interrogaron a sus dioses  
y los dioses les ordenaron partir.

Así emprendieron su éxodo los de la lengua nahua.  
—“*Encontraréis una Mar dulce al sur  
que tiene a la vista una isla de dos volcanes*”.  
Y bajaron los exilados.  
Bajaban buscando la tierra prometida.  
Y ahí donde llegaban, los pueblos los rechazaban.  
—¿Quiénes son éstos? se preguntaban.  
—¿Conocemos acaso sus rostros? ¿No llevan en sus pechos un  
corazón extranjero?  
Y los Mayas los atacaron con sus cuchillos de Zaquitoc.  
Y los Cachiueles los atacaron con sus mazos de Guayacán.  
Y los Sutiavas les dieron batalla con sus dardos de Huiscoyol.  
Y las guerras fueron produciendo jefes guerreros.  
Y los jefes guerreros instituyeron al Gran Jefe.  
Y el Gran Jefe no pisaba el suelo - le tendían mantas.  
Y la tiranía de los Olmecas les parecía pálida  
comparada con la tiranía de Ticomega, el viejo  
a quien sucedió Ticomega, el joven  
a quien sucedió Ticomega, el nieto

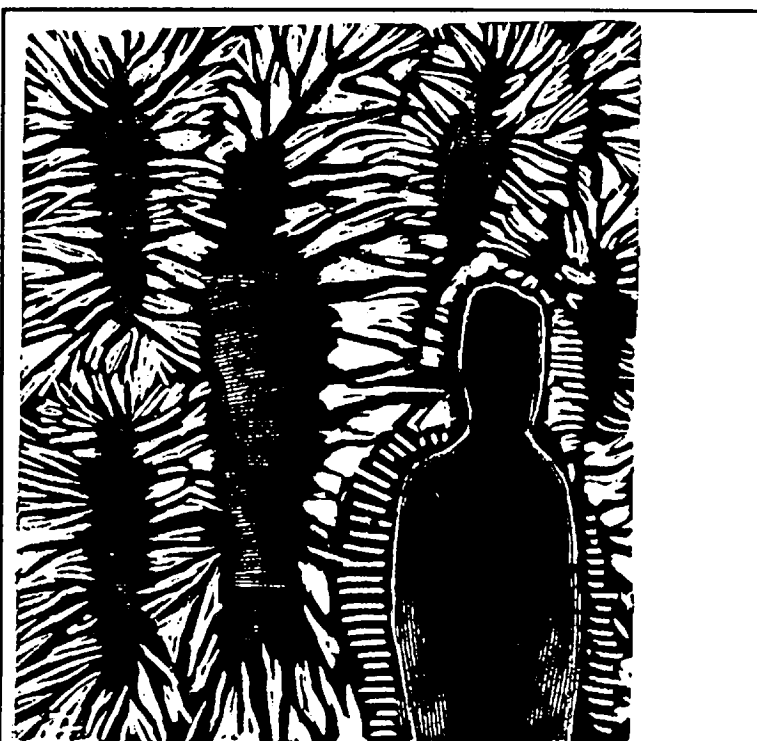
Ahora estamos en la tierra de los lagos  
También nosotros fuimos peregrinos. Fuimos  
emigrantes y estas tribus llegan cansadas.  
Duelen sus lamentos en el corazón de los Chorotegas.  
“ ¡Traemos heridos y enfermos!” —nos lloran. Son mexicanos.



Son toltecas. Son artistas en el barro y en la piedra.  
Son maestros en el arte plumario.  
Tocadores de ocarina. Orfebres.  
Conocedores de los astros.  
Y entonces les damos cargadores para que se ayuden.  
Les damos nuestros guerreros para que carguen sus cargas.  
—“Van de paso”, nos dicen. Pero llega la noche  
Y entonces con su lengua de pájaros los nahuas imitan al búho.  
Y cantalean: “Tetec - Tetec” (cortar, cortar)  
Y los otros responden: “Iyollo - iyollo” (corazones,  
corazones)  
Y esta fue la señal y cayeron sobre los cargadores  
Y luego que los pasaron a cuchillo cayeron sobre nosotros  
Y nos despojaron de lo mejor de nuestras tierras — itodo el  
sur del cacao! —  
Y apenas fueron dueños de sus árboles  
usaron sus semillas como moneda.  
No bebió el pueblo ya más cacao  
—Sólo los teytes, los gamonales,  
sólo los ricos señores y los jefes guerreros—  
“E la gente común no osa ni puede usar para su gana o paladar  
aqueel brebaje  
porque no es más que empobrecer adrede  
e tragarse la moneda”.  
Y se vende un conejo por 10 almendras  
Y por 2 almendras se adquiere una paloma  
Y el valor de un esclavo es 100 almendras.  
Y una mujer vende su cuerpo por 10 cacaos.  
  
“Quiero decir que ninguna cosa hay que no se venda”.

Cacao:  
dólar  
vegetal.

*Rivas - Managua, 1978.*



## El Mango



Los labios que te besaron, te dijeron:  
“Ya es tiempo de que echas raíces como los árboles”  
Pero tú sabes de árboles. Sabes de sus maderas y de sus  
memorias.

Has seguido, siglo tras siglo, sus lentas caravanas.  
Los has visto en las selvas, junto a los grandes ríos  
cubiertos con sus manos verdes de enredaderas y parásitas  
huyendo, con sus aves, al exilio. Inmóviles  
peregrinan. Invisibles sus pasos  
preceden a las civilizaciones.  
Tú sabes de árboles. Conoces  
los árboles nativos que ayudaron a levantar la tierra. Pastores  
de ríos.

Arboles tan nicaragüenses como el Pochote  
que aún hecho leña si se entierra en su tierra, retoña.  
Y conoces también los forasteros  
como el abundante Icacó que llegó del Senegal,  
o la Granada de Argel, o el inmenso Fruta de Pan de las  
Molucas,  
o el Mango que llegó a Nicaragua del lejano Hindostán.

Fue en Calicut (o Koylikota) donde el galeón tocó puerto.  
—“Un poco más de buen aire e todos vernéis ricos e de buena  
ventura”

dijo el Capitán Céspedes de Aldana y desviaron  
y cruzaron las agitadas 700 leguas del golfo  
en el galeón de la China o de Filipinas del llamado “viaje al  
austro”.



Allí rescató marfiles y brocateles de oro, tafetanes y damascos  
y embarcó la planta de hojas todavía tiernas  
y la bella hindú le dijo: —“Sea este árbol testigo de tu prome-  
sa”.

Pero la aventura se contaba en casa en voz baja, entre sonrisas,  
cuando ya se habían retirado a sus solemnes aposentos  
tía Elisa y tía Mercedes, a quienes Aldana rescató de la soltería  
trayéndolas a América, mareadas y casi arrepentidas  
para un casamiento de prez y de provecho.

Granada entonces contaba de 200 vecinos, edificios de tapias,  
de adobes encalados y tejas, y una bonita iglesia  
—un puño de sal en el verdor del trópico—  
y en la casa de Aldana, entre el astrolabio y la brújula y los  
rollos de mapas manchados de mar,  
el primer reloj, traído de Germania, que instaló como un  
tabernáculo en la sala de honor  
y su hora guiaba la hora de las misas y de los cabildos.  
Y en el patio el mango, el primer mango.

—“Oído hé —decía— contar a los alfaquies  
que este fruto es el avatar de un ave misteriosa;  
llámanla Jatayu

—rey de los pájaros indostanos—  
rojo y negro porque sus alas quemó el sol;  
que debe ser del género del Fénix, de los árabes,  
cuyo nido es de fuego”.

Y los indios  
trasmitieron esta leyenda pero la variaron  
contando que el mango devolvía en frutas  
el alma o “yulio” del Chichiltote

—el llameante pájaro votivo de los Chorotegas—  
y hubo poeta que cantara este apólogo diciendo  
que “se escuchan trinos risueños del fruto bajo la piel”.

Aldana —el viejo lobo Juan Céspedes de Aldana—  
en las noches sudorosas de la incipiente Granada  
vestía siempre, a pesar del calor, de gamuza y ante  
con la caperuza sin plumas de los antiguos marinos  
y lagrimeaba recordando “La Galga”, su fiel carabela de 47  
toneles

hecha y armada por él con gasto  
“de muchas contías de su fazienda”  
y su Palos de Moguer y a don Alonso, su padre  
—del grupo de los Pinzones—  
y a Diego de Lepe y a Juan Díaz de Solís,  
capitanes y pilotos  
de los primeros que traspasaron la línea equinoccial  
y vieron no sólo nuevas tierras sino nuevas estrellas.







Y en cada cosecha del Mango repetía  
—repartiendo las frutas en bandeja de plata a sus vecinos—  
las derrotas de sus viajes:  
el perverso mar de los Sargazos lleno de monstruos traga-naves  
o la ruta de Guachinchina,  
golfo de muchos mogotes y bajíos,  
donde había Emperador y pesca de perlas,  
o Filipinas donde las mujeres, decía Aldana  
eran castísimas, sin género de lascivia  
ni deslealtad con su señor.  
Luego miraba a sus tertulios  
y bajando su vocerrón de piloto  
—el rostro redondo, irónico  
y olfativo de los Aldanas. Y su sonrisa  
—media sonrisa— y el resto del humor en los ojos:  
—“Ella sembró la semilla en el plenilunio  
y casó el árbol, en su rito pagano, uniendo dos ramas  
¡Ah! los ojos más grandes y brillantes que hombre alguno  
vio!”

Pero Felipillo, su criado enano y corneto,  
aportaba el dato de los pechos de Yadira untados de sándalo  
que hicieron llevadero el calor al navegante.

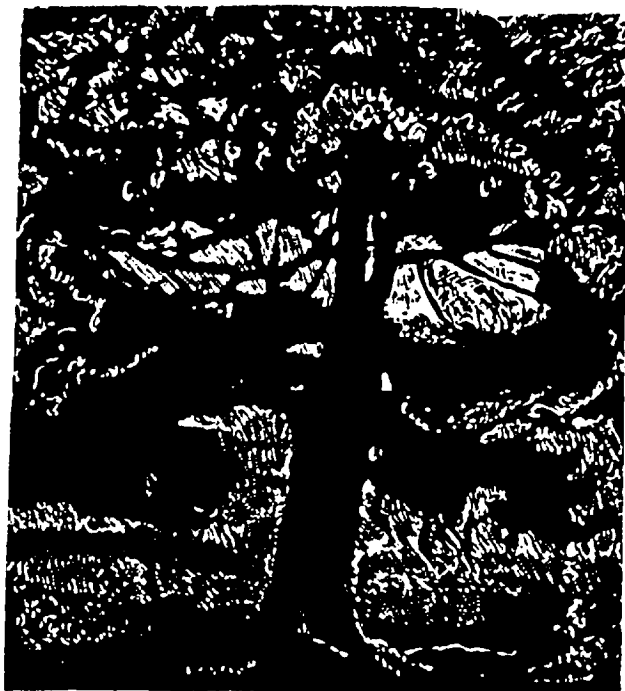
Sus nietos heredaron confusas crónicas  
pero pudieron todavía leer, un poco desilusionados  
—en su amarillento Cuaderno de bitácora—  
el nombre de la planta en sánscrito  
y dibujadas con tintas del oriente  
sus flores polígamas,  
sus hojas lanceoladas verde-oscuras y lustrosas  
y el rojo fruto en forma de corazón. (“Multiplicaré  
mi corazón” —predijo la mujer— y en racimos  
cada instante del amor,  
cada latido amante  
se hizo fruto). Ahora  
no queda ya ni lápida del viejo antecesor.



Escogió una tierra impetuosa de historia calcinada  
y el fuego del Filibustero borró su nombre  
al incendiar el templo donde Aldana  
entró dos veces descalzo para cumplir promesa:  
una vez con la vela de cera en la mano  
cuando perdió su Galga a las puertas de la provincia  
en un turbión del Papagayo, y la otra  
ya cadáver  
con hábito y capucha franciscanos.

También el Mango quemó en el tiempo su historia  
Y tú lo crees de aquí:  
Profesa un verde familiar.  
Nace en tus islas.  
Te acompaña en tus caminos con sus alamedas.  
En tu patio crece,  
hospeda  
tus pájaros indios  
y teje con brisas y cigarras  
—como una hamaca—  
tu siesta.

*Granada/Gran Lago, 1978*



*...El rayo: dibujo eléctrico del gran árbol del cosmos...*

## **El Jenisero**



*en memoria de mi padre*

El rayo: dibujo eléctrico del gran árbol del cosmos.  
Cierras los ojos al deslumbre y al abrirlos ha nacido el Jenísero.  
Este es el trono de la tormenta.  
Pero he aquí que yo he extendido mis ramas y he fundado un  
reino pacífico.

*Pithecellobium saman*

*Samanea Saman*

El “Samán” venezolano. El “Cenízaro” de los llaneros del sur.  
“Jenísero” nicaragüense: república vegetal de 130 pies de  
altura.  
Arbol ganadero escrito en los pastizales como una Mayúscula  
agraria.  
—Cuando la tempestad le arranca su corona  
extiende aún más sus ramas en silencio, sus enormes pero  
pacíficos brazos de gigante  
donde el jaguar dormita o ruga el Congo  
o litigan su territorio la luna y la comadreja, la iguana y los  
pájaros emigrantes—.

En la cátedra de este árbol se sienta el sol a distribuir justicia.

Canto sus flores pediceladas y rojizas que enciende el atardecer

como pequeñas lámparas de cáliz tormentoso y veinte estam-  
bres de color carmesí.  
Canto sus hojas compuestas y bipinadas  
que Humboldt describe como el mejor adorno de la zona  
tórrida,  
hojas aterciopeladas y pubescentes federadas en ramos como  
plumas de un arcángel verde.





¡Arbol de los potreros!  
canto los ganados que comen al pie sus legumbres corvas,  
sus delgadas vainas de valvas coriáceas y lampiñas llenas de  
pulpa!  
Canto el pajarerío matinal y la lenta procesión de las vacas  
transportando la luna  
ioh, Catedral de los balidos!

La memoria de mi padre retorna en su caballo  
y pasa por este camino de arenales.  
Viene conversando con el General Chamorro, en su potro me-  
lado.  
y miro detrás al niño, en su yegüita alazana, sin perder sílaba.  
No ha aumentado mucho su sombra desde entonces,  
cuando el General se detenía a orinar y decía:  
—“Este gigante vio pelear a los Timbucos y los Calandracas.  
“De estas ramas mandó colgar Anduray, cuando la guerra del  
54,  
a Braulio Vélez, el correo de don Fruto  
que se tragó una carta antes de entregarla a los leoneses”.

Y mi padre: —“Usted cuenta la historia por guerras  
como mi madre por embarazos”. Y reían.  
—“Qué es la historia patria sino opiniones con rifles?”  
y el General señalaba el imponente árbol: —“Todo se paga;  
también al pie de un jenísero pereció Anduray desangrado  
cuando la Batalla de las Tortillas”.

“Legitimidad o muerte” era la divisa de la cinta blanca.  
“Libertad o muerte” era la divisa de la cinta colorada,  
porque toda bandera era tejida con hilos de sangre  
y el niño miraba en la pupila de Abel el ojo homicida de Cain  
y en la indefensa pupila de la pobreza el ojo implacable del  
Poder.

Y el atardecer incendiando el pasado.



Clarines sustituyendo pájaros  
 y la gran copa del árbol temblando gritos y lamentos como  
hojas negras
 porque todo árbol en guerra es el Arbol de la Noche Triste.

*"Tanta zozobra, ansia, tumulto,  
 tantos años de fiera  
 devastación y militar insulto. . ."*

recitaba entonces mi padre con su fluvial y sonora voz civil.  
 Y se volvía a mí legándome una visión antigua y bíblica como  
 el Testamento de los patriarcas:

Los viejos pueblos acampando bajo el Jenísero:  
 familias pobladoras, jinetes, arrieros de ganados inaugura-  
dores de rutas, trenes de carretas
 —transacciones, ventas bajo palabras firmadas con un apretón  
de manos,

alforjas abiertas y compartidas,—  
 espacio para la canción y la confianza  
 y el peso del hombre calculado en trigo "bueno como el  
pan"),

términos de una civilización de ganados y de mieses.

iJenísero: árbol de sombra pastoral!

Las recuas que vio Thomas Gage bajando por los caminos  
reales al puerto de Granada

—récuas de Guatemala, del Salvador, de Comayagua—  
 hasta 300 mulas rodeando el árbol

cargadas de azúcar, de cueros, de índigo, de cochinilla y de la  
plata del rey.

Récuas del Güegüence: machos de las cofradías, machos  
guajaqueños,
 machos-ratones, carretas boyeras que venían de la Verapaz,  
de la Veracruz, de los caminos de México.

Recuas de los mercaderes con sus zurriones llenos de telas,  
 espejos, peinetas de carey y elíxires mágicos.



Tropillas clandestinas de los patriotas llevando novillos en  
arreos nocturnos para adquirir las armas de la liberación.

Arreos para las ferias. Caracoleo de los caballos andaluces y  
peruanos. Mulos segovianos. Polvo itinerante.

Y los pueblos y caseríos naciendo alrededor de los árboles:  
Nagarote del jenísero. Camoapa de los Chontales. El Paso.  
El Sauce. El Guapinol.

Pueblos en el cruce de los caminos, en los encuentros  
—“No dio nunca la guerra una orden de caballería como la  
del arriero”  
me decía mi padre. Y rescataba la figura ecuestre de aquellos  
centauros anónimos

que llenaron sus ojos de caminos y distancias.  
De comarca en comarca llevaron la crónica y la lengua  
(primera fusión del nahual y del castellano  
— ioh, tejedores de dialectos! — ellos hicieron  
la futura lengua de la aventura que Darío devolvería a Espa-  
ña!)

Esparcieron la semilla de la libertad y las estrofas del romance,  
comunicaron a los pueblos como correos del amor y de la  
política.

Y lo que la guerra despedazaba, ellos lo unían.  
Jenísero: palacio de reyes descalzos coronados por la pobreza:  
bajo tu sombra se detienen los peregrinos

—Romeros de nuestro Padre Jesús de Apompoá  
Promesantes de Nuestra Señora la Virgen del Viejo  
De Nuestra Señora la Virgen del Hato  
De Nuestro Señor el Cristo de Esquipulas

Pueblo procesional

desunciendo sus bueyes  
desensillando sus bestias  
asando el tasajo en el chisporroteo de la fogata  
cantando, contando leyendas, inventando las nuevas palabras  
del amor y de la tierra.





Y entonces entendí yo, como si descifrara, que lo que teme el  
corazón  
—lo ciego, lo siniestro, lo tenebroso—  
estaba afuera,  
al otro lado del límite de su sombra pero acechando,  
rodeando al árbol paterno, rondando  
con su saña el círculo de su verdura.  
Porque el Jenísero fue creado  
para cubrir lo que se ama  
para establecer bajo sus ramas el espacio de la vida  
ipotestad pacífica erigida contra lo Terrible!

*Granada, Gran Lago. 1978*



...los frutos fueron como cabezas de hombres...

## El Jicaro

*—En memoria de Pedro Joaquín Chamorro  
cuya sangre preñó a Nicaragua de libertad—*

Un héroe se rebeló contra los poderes de la Casa Negra.  
Un héroe luchó contra los señores de la Casa de los Murcié-  
lagos.

Contra los señores de la Casa Oscura

—Quequma-ha—

en cuyo interior sólo se piensan siniestros pensamientos.  
Los Mayas lo llamaron “Ahpú”, que significa “jefe” o “cabe-  
za”.

porque iba adelante. Y era su pie osado el que abría el camino  
y logró muchas veces con astucia burlar a los opresores  
pero al fin cayó en sus manos.

( ¡Oh sombras! ¡He perdido un amigo!  
Ríos de pueblo lloran junto a sus restos.  
Los viejos agoreros profetizaron un tiempo de desolación.  
“Será —dijeron— el tristísimo tiempo  
en que sean recogidas las mariposas”  
cuando las palabras ya no transmitan el dorado polen.  
Yo imaginé ese tiempo de luz alevosa —un sol frío  
y moribundo y las aves de largos graznidos  
picoteando el otoño—  
pero fue una mañana, un falso brillo  
de celeste júbilo, trinos  
todavía frescos y entonces

ila trampa!



ese golpe seco de la pesada loza que atrapa  
de pronto  
al desprevenido y sonriente héroe.)

—“Seréis destruido, seréis despedazado  
y aquí quedará oculta vuestra memoria”  
dijeron los señores de la Casa de las Obsidias  
(el cuartel - la Casa de las Armas).  
Y decapitaron al libertador.  
Y mandaron colocar su cabeza en una estaca  
y al punto la estaca se hizo árbol  
y se cubrió de hojas y de frutos  
y los frutos fueron como cabezas de hombre.

Sobre este árbol escribo:

“*Crescentia cújete*”  
“*Crescentia trifolia*”  
“Xicalli” en náhuatl  
jícara sabanero  
de hojas como cruces:  
fasciculadas, bellas  
hojas de un diseño sacrificial,  
memorial de mártires  
“árbol de las calaveras”.

Esta es la planta  
que dignifica la tierra de los llanos.  
Su fruto es el vaso del indio  
Su fruto es el guacal o la jícara

*—la copa de sus bebidas—*

que el campesino adorna con pájaros incisos

*—porque bebemos el canto—*

Su fruto suena en nuestras fiestas en las maracas y las sonajas

*—porque bebemos la música—*

Ya desde antiguo en el dialecto maya de los Chortis  
la palabra “Ruch” significaba indistintamente



—como entre nosotros— jícara o cabeza  
—*porque bebemos pensamientos*—

Pero los señores de las Tinieblas  
(los que censuran)  
dijeron: “Que nadie se acerque a este árbol”.  
“Que nadie se atreva a coger de esta fruta”.

Y una muchacha de nombre Ixquic supo la historia. Una  
doncella cobró valor y dijo:  
—¿Por qué no he de conocer el prodigio de este árbol?  
Y saltó sobre la prohibición de los opresores  
Y se acercó al árbol.  
Se acercó para que el mito nos congregara en su imagen:  
porque la mujer es la libertad que incita  
y el héroe, la voluntad sin trabas.

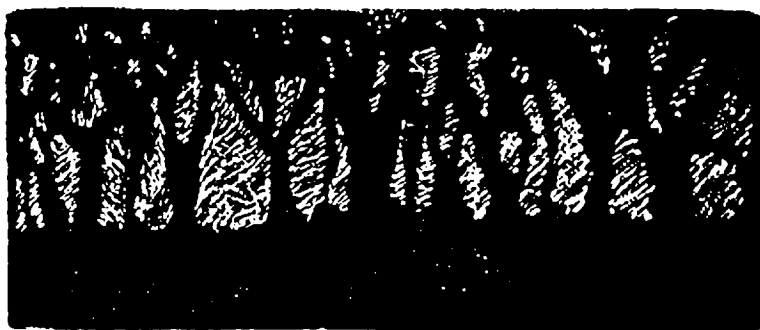
—“¡Ah!” —exclamó ella— ¿He de morir o de vivir si corto  
uno de estos frutos?  
Entonces habló el fruto, habló la cabeza que estaba entre las  
ramas:  
—“¿Qué es lo que quieres?”  
¿No sabes que estos frutos son las cabezas de los sacrificados?  
¿Por ventura los deseas?  
Y la doncella contestó: —“Sí, los deseo!”  
—“Extiende entonces hacia mí tu mano!” —dijo la cabeza—  
Y extendió la doncella su mano  
Y escupió la calavera sobre su palma  
y desapareció al instante la saliva y habló el árbol:  
—“En mi saliva te he dado mi descendencia.  
Porque la palabra es sangre  
y la sangre es otra vez palabra”.

Y así comenzó nuestra primera civilización  
—Un árbol es su testimonio—  
Así comienza, así germina cada vez la aurora



como Ixquic, la doncella  
que engendró del aliento del héroe  
a Hunahpú e Ixbalanqué  
los gemelos inventores del Maíz:  
el pan de América, el grano  
con que se amasa la comunión de los oprimidos.

*Managua. 1978*



## Notas

- I. *La Ceiba*.  
De la familia de las *Bombáceas* (género *Eriodendron*).  
v.18: El terremoto que destruyó Managua en 1972.  
v.31: “Chilán Balam de Chumayel”.
- II. *El Jocote*  
Una de las especies es llamada en Venezuela “Ciruelo de hueso”, y otra, de fruto ácido, “Jobo”.  
v.17: Sobre esta característica mitológica que el autor señala en los dioses chorotegas y nahuas, María Sten –en *El Olimpo sin Prometeo*– escribe: “los antiguos mexicanos tienen pavor a sus dioses y ningún dios mesoamericano puso sus ojos sobre una mortal”.  
v.24: “Tlamachas”, ángeles pequeños colaboradores del dios de la lluvia. Corresponden a los Tlamacazques de los mexicanos. (Ver Miguel León Portilla: *Religión de los Nicaraguas*).  
v.32: “Ixcuinantes”: cuatro hermanas diosas de la carnalidad. Una de ellas Xocotzin.
- III. *El Panamá*  
Llamado en Venezuela Camoruco, o Camaruco o también Cacagüillo.  
v.3: Alude al poema *De Tu-Fu a Li-Po* “Tres noches seguidas he soñado contigo. . .”). Traducido por Marcela de Juan.  
v.14: Todos son peces del Gran Lago de Nicaragua.  
v.25: El Gaspar (*Iepisosteus Tropicus*) es un pez del Gran Lago, sobreviviente de épocas geológicas muy lejanas. Parece una mezcla de lagarto y pez. Pertenece, pues, al mundo del génesis americano y, con muchas otras historias, al amanecer de los mitos, cuando “la primera función de la imaginación era producir formas animales” (Bachelar).  
v.43: *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*. Fray Alonso de Molina. Este árbol dio nombre a la República de Panamá.
- IV. *El Cacao*.  
v.13: Doctor Juan de Cárdenas: *Problemas y Secretos Maravillosos de las Indias*. 1591.



- v.20: El Güegüence dice textualmente: “Señor Gobernador Tastuanes, asaneganeme Castilla en chocolá de vino”.
- v.23: Ezra Pound. Canto LI.
- v.26: Sembrar un palo de cacao: tener un buen negocio.
- v.47: El pinol y el tiste son las dos bebidas más populares de Nicaragua. En Centroamérica apodan al nicaragüense: “pinolero”.
- v.52: “Los indios de la lengua de Chorotega (o Mangue) son los señores antiguos e gente natural de (estas) partes. . . e los de Nicaragua e su lengua (nahua) son gente venediza” (Oviedo). Las dos más altas culturas de la Nicaragua prehispánica eran: la Chorotega o mangue (la más antigua y de mayor población, posiblemente de origen o influencias fuertes sureñas) y la Nahuatl o Nicaragua que inmigró del Norte.
- v.62: Son tradiciones indígenas recogidas por los cronistas, entre ellos, Torquemada.
- v.123: La estrofa cita una frase del cronista Oviedo.
- v.130: Verso también inspirado en una frase de Oviedo.

#### V. *El Mango.*

- v.17: De Calicut, ciudad de la costa Malabar, trajeron a América las telas blancas de algodón llamadas “Calicó”.
- v.21: En un viejo mapa del siglo XVI Nicaragua aparece como uno de los puertos de partida para el “viaje al austro”.
- v.38: “Jatayu”: pájaro mitológico del *Ramayana*.
- v.45: “Chinchiltote”, pájaro rojo y negro de la familia de los Icteridos. (*Chiltic*: amarillo fuego; *Totolin*: ave).
- v.47: Se refiere al poema “Chichiltotes y Mangos” del poeta modernista nicaragüense Juan de Dios Vanegas.
- v.97: El filibustero William Walker al retirarse derrotado ordenó la quema de la ciudad de Granada —puerto al Gran Lago y de todos sus templos en 1856.

#### VI. *El Jenísero.*

- v.12: “Congo”: mono bramador. Es el más grande de los monos centro-americanos.
- v.31: Nombres peyorativos que se daban mutuamente los partidos liberal y conservador en sus guerras y luchas fratricidas a raíz de la Independencia.
- v.39: “Batalla de las tortillas”, cerca de Granada; una de tantas entre Legitimistas y Democráticos en 1854. Estas guerras asolaron al país y trajeron la invasión del filibustero norteamericano Walker que costó a Nicaragua una agotadora Guerra Nacional por su libertad en 1856.
- v.49-51: Estrofa de la *Silva a la Agricultura de la zona tórrida* de Andrés Bello. En este poema Bello antepone a la guerra, la labor agraria. Darío, en *Salutación al Optimista* también opone a los “zodíacos funestos”, la “labor triptolémica”.
- v.65: *El Güegüence o Macho-ratón*, comedia bilingüe y anónima nicaragüense del siglo XVII.



- v.70: El inmenso jenísero de la plaza de Nagarote es un monumento nacional.
- v.75: Daniel G. Briton en su obra sobre *El Güegüence* (1853) se refiere con amplitud a la lengua de "los muleros" o arrieros nicaragüenses.
- v.89: En su oficio "contra el atardecer" al Jenísero se le puede aplicar la frase de Esquilo en *Los Siete contra Tebas*: "... él no permitirá que una lengua insolente y extranjera se desate dentro de nuestras murallas, ni que penetre por las puertas de Tebas un hombre cuyo escudo enemigo representa la imagen de la Esfinge, bestia feroz, el más odiado de los monstruos".
- v.91-99: Escribe Teilhard de Chardin: "El hombre ha llegado a crear entre las grandes aguas frías y negras, una zona habitable en donde hay calor y claridad, donde los seres tienen un rostro para mirar, manos para suavizar, corazón para amar. ¡Mas qué precaria es esta mansión! En todo instante, por todos los resquicios, hace irrupción en ella la gran Cosa Terrible...".

#### VII. *El Jícara.*

- v.1: Todo el poema está sustentado sobre la historia mítica de la doncella Ixquic (que significa "gota de sangre" o "sangre de mujer") narrada en el *Popol-Vuh*, capítulo III.
- v.21: A Pedro Joaquín Chamorro, compañero del autor en la dirección del diario *La Prensa* lo asesinaron cuando iba a su trabajo en la mañana del 10 de enero de 1978.
- v.34: El Jícara es levantado por el *Popol-Vuh* como un monumento vegetal al héroe fundador de cultura, casi siempre mártir.
- v.39: La bella hoja en forma de cruz del jícara, maravilló a Oviedo tanto que la dibujó en su *Historia General y Natural* y además cogió algunas "para las mostrar en España".

# OTROS POEMAS



*...como grito del árbol canta un gallo...*

## HEUR ET MALHEUR DU GUERRIER

### I

#### El Palo de Limón

*“Grito, fruto oscuro  
e extremo dessa árbore: galo”*

FERREIRA GULLAR

Junto a los ríos de Nicaragua  
crecen los limoneros.  
Los indios, como los gitanos,  
cortan limones  
y los tiran a las aguas  
y se ponen doradas. .  
En la ciudad que nunca olvido  
mujeres pasan por las esquinas  
con canastas en la cabeza  
pregonando limones.  
y quedan  
en el aire sus gritos verdes.

Crece en mi patio  
un limonero  
y otro en mi sueño.  
Sus flores blancas  
tenidas de rubor.



Sus flores  
de pecíolos desnudos  
dispuestas en grupos axilares  
como ramos de novias.  
Su fruto como un pequeño  
pecho de mujer  
y sus gajos  
llenos de esencia  
de los astros.

Crece  
un limón  
en mi patio.  
Entre gallos y media noche  
brujas hermosas y ácidas  
llegan con la luna  
y cortan sus flores vírgenes:  
las indias para su pelo  
y las españolas para sus pechos.

¡Limón real!  
—árbol de las guitarras—  
en los días de azahar  
viene don Juan de Sevilla  
con serenatas de perfumes.  
Limón real  
en las puertas de Valencia  
Mío Cid cortó su fruto  
y dejó al limón para siempre  
con el gusto de la espada.

Crece  
en mi patio  
un limonero  
y en su copa  
como grito del árbol



canta un gallo.  
Poseído de sí  
bate sus alas  
y cree  
que sin su canto no hay aurora.  
¡Viejo Roque!  
—gallo de mi limonero—  
contra quién tu ojo maniqueo  
y lateral  
divide el mundo en luz y sombra  
en orden y subversión?

Anacrónico  
anuncias la mañana  
pero sigues con tu casco  
tus espuelas  
y el bélico pico  
repitiendo el ayer.  
¡Mira tus alas  
— ¡Ave César! —  
porque quisiste el poder  
perdiste el vuelo!

Pero Roque me mira  
(su ojo  
es sólo mirada)  
y canta  
(y no hay guerra en su canto)

Tejedor de analogías  
asocié mi historia oscura  
a la madrugada incierta  
y oí oprimido en su canto  
el toque de queda.

¡Oh raza:  
zumo de limón



sangre de gallo!  
Llenos estamos  
de empecinados  
militares  
y en sus copas negras  
todos anuncian auroras!

¡Perdona, Roque perdona  
si el poeta te da nombre  
y eres, genérico, el gallo.  
¡Quédate ave  
infranqueable bajo tus plumas  
sin símbolos! Tu canto  
es sólo el toque del sol  
que te despierta. . .  
Pero ahuyentas demonios,  
dicen las indias  
Ahuyentas las pesadillas  
creen las mestizas!





## II

## Un redoble de tambor para el viejo Roque

Los muchachos de Anselmo compraron un gallo de pelea.  
Nadie hubiera dado medio real por aquel cretino gallo  
ojeroso; de pluma sucia y pechuga desnutrida.  
Roque en su árbol de dorados limones  
miró de arriba abajo al flaco rival  
escarbando ¡ay! su patio ¡tierra suya!  
Molestose el fijosdalgo  
—de reajo miró a sus damas de miriñaque  
y oyó su escandalizado cacareo—  
Intolerable agravio!  
Energúmeno sacó pecho,  
curvó el cuello  
sonó el clarín  
y bajó a la palestra  
osado y medioeval.  
Apenas pudo tocar tierra.  
Cuando volví los ojos  
ya la espada fulminante  
y mortal lo atravesaba.  
Se sostuvo con el ala.  
Alzó altanero la pálida cresta  
sin dignarse mirar a su rival.  
Cae, entonces, maduro un limón  
—el dorado limón real— sobre la grama  
y su ojo colérico, lleno de monarquías  
mira, ya entre sombras, la pequeña  
esfera gualda  
—el Sol también cae, piensa—  
Y clava pico en la muerte.

*Nicaragua. 1985*





## EL BASILISCO

Los indios (los Nicaraguas) dijeron a Bobadilla: *“Con la mirada algunos hacen daño. Hay niños que mueren a consecuencia de una mirada”* (Y los vestían de rojo). Con el ojo comenzó la destrucción. Por el deseo. Texoxe ó brujo —dice Molina— viene de “xoxa” *que es tanto como aojar, o hechizar, o ojear a otro”*.

Pero Jaime Villa —el joven zoólogo— lo atrapó en la ribera pantanosa y lo metió en un saco y volvíamos con el Basilisco en el automóvil cuando escuchamos sus uñas aruñando debajo de los asientos y nos detuvimos. La mitología es incómoda en automóvil. El ojo —el ojo impúdico y fijo— enemigo de la velocidad: Detiene! *“A sus pies caen muertos los pájaros”*, escribió Borges (MANUAL DE ZOOLOGIA FANTASTICA) y agrega: *“Reside en el desierto; mejor dicho: crea el desierto (con su mirada)”*. Jaime Villa es científico; yo, virgiliano —hijo y nieto de gente bucólica,— y ví el ojo de sierpe ojeándome, hechizándome: millones de años en la mirada (desde el comienzo de la agresión y del deseo) y recordé la mirada oculta, detrás de lentes oscuros, del “investigador” y la capucha —dos ojos en la faz encubierta— del Inquisidor. (Dos ojos: siempre son dos ojos los que se clavan antes del crimen. Preceden al puñal y al chuzo eléctrico). Ojo: espejo del alma. Lo único del animal que no se come el civilizado (Stevenson), pero comes con los ojos, comes a la mujer —ojos

que ven, corazón que siente— y el animalito me ve, me trae entre ojos. Y Plinio: “*Es temible serpiente, cuya mirada rompe las piedras y quema el pasto*”. Y la “FARSALIA” (Libro IX):

*“La sangre de Medusa  
produjo al Basilisco armado  
en lengua y ojos de insanable peste”.*

y el decir del pueblo: “es hijo de gallo y de serpiente”. Y Jaime (enseñándome a Cope): “*Basiliscus Plumifrons*”, “Iguania” ¡Una simple iguana coronada! . . .

Pero le ha sido dado un nombre! ¡El pueblo sabe de ojos! (OJO: advertencia). Lo deriva desde el sánscrito  $\text{आक्षि}$ : “AKSI” = penetrar. “Ojos malos, a quien los mira pegan su malatía”. Ojo de Rey. *Basileus* es Rey (el que devora la hacienda de los pobres) y *Basilisco*: pequeño rey (y los pequeños reyes son peores que los grandes) y la mirada del pequeño rey, del Príncipe, del Tirano, es *la que crea el desierto*, el mal ojo (del Poder), el enojo (del Azar) y el gran ojo



OJO

(el obstinado e implacable ojo de Grandville que cita Bataille) en la noche, como un astro obstinado y siniestro, la pupila abierta en las tinieblas, o el Gran Hermano, de Orwell, omnipresente.

Y ahí tienes al animalito de sangre fría, el gallo cuadrúpedo con su piel ofidia, verdes hasta un azul de fuego sus aletas dorsales, respirando ira, hinchándose, estirando sus largas y delgadas uñas, “*Basiliscus plumifrons*”, una simple iguana coronada por un nombre, mirándome, clavándome el ojo, su pequeño, fijo, hostil ojo de serpiente, ojo que reta al ojo (*ojo por ojo*) a morir o matar.



## EL GUIIS

El pájaro es trivial  
en lo aparente.  
Ya conocido  
cambia. Creemos  
que canta  
pero calla  
y sigue siendo  
canto. Vea  
Usted  
al Güís  
léalo  
en el papel  
del aire  
—mejor si azul—  
Vuela Canta  
va  
con su bonete  
y su amarillo oficial  
repicando un pico  
puntudo  
y aguerrido  
contra futas  
mariposas  
y libélulas  
pero  
sin perder  
el ritmo  
sin fallar  
sílabas  
haciéndose  
poema.



## LA ISLA DE LOS CENTAUROS

En la Isla de Oro —“donde detiene  
su esquife el argonauta”—  
Rubén, pastor de mitos, puebla  
su soledad de centauros.

Escuchamos  
su animado coloquio con Licidas  
Medón, Grineo, Astilo y los sacros  
abuelos. Se ha sentado en la barca  
y ellos —nunca quietos— suenan  
sus cascos en las piedras redondas  
que las olas pulen. Pregunta por Quirón  
y mira acusativo a los Centauros:  
—“Quirón quiso elevar sobre la bestia  
la noble mitad humana. Formó a Castor y Aquiles.  
Dio a la sublime demencia de Cortés  
los éxtasis. Mas la flecha  
del guerrero tiende a los excelentes!  
Avergonzados los equinos inclinaron la frente.  
Ya no hablan del Enigma  
cuyo soplo hace cantar la lira.  
¡No les interesa! No preguntan  
por el alma de las cosas.  
Les agobia la muerte, el hambre,  
el oscuro destino. Y callan.

—Lo elemental es lápida—  
Ya no son como ayer  
—cuando Arneo nos legó (en mala hora) la muerte  
como casta y macabra novia de la vida—,  
ahora enflaquecidos, llenos  
de cicatrices, muestran la torpeza del guerrero  
vertedor de sangre (Dante  
los vio en un círculo de su infierno  
armados de saetas  
violentos ellos, custodiando a los violentos).



Rubén mira el puerto, ayer activo  
y ahora abandonado. Pregunta  
de nuevo por Quirón  
y un Astilo envejecido le contesta:  
—“Quirón fue convertido en Sagitario”.  
El poeta calla. El poeta  
sabe que le mienten. Necrófilos,  
volvieron de la guerra convirtiendo  
sus caídos en astros. ¡Ya no son como antaño!  
Los vecinos les tiemblan. Los navegantes  
pasan sin atracar en sus puertos.  
Cuentan de ellos y no acaban. . .  
que descubrieron el vino, domador de hombres,  
que desde entonces rechazaron de sus mesas  
la blanca leche que nutre al campesino.  
Carlos, en su canto, pregonó que los dioses  
los expulsaron de jus juergas. “Ya borrachos  
tiraban de los manteles con los dientes  
rompiendo la bajilla, meando  
gruesos chorros de sidra”.  
Pero Lícides niega y acongojado dice:  
—No fue el vino sino el áspero  
licor del poder. No fue la razón la que perdimos.  
¡Nos perdió la razón!  
. . . Escuchamos entonces un lento trote  
y vimos acercarse  
a una joven Centaura.  
No como antaño airosa trepando en tropeles  
con paso de estrofa las colinas,  
sino a paso de fatiga,  
desgreñada,  
secas las ubres y el ijar hundido,  
dijo ceñuda:  
—El aire trae el tufo de la guerra.  
Sobre la difusa lejanía



vimos los negros giros de los buitres  
y Astilo preguntó: —¿Mataron  
a tu amante? Mas ella:  
—¿Por qué han hecho que la Patria  
pese como un féretro?

Y observó la arquera en silencio  
su callosa mano armada.

Dijo entonces Rubén:

—No escucharon a Hesiodo, el labrador.  
No trajeron los alisios la prudente  
voz de los trabajos y los días:  
El fue quien dijo que el Cronión  
ha permitido a los voraces peces,  
a las fieras feroces y a las aves de rapiña  
devorarse entre sí  
porque carecen de justicia...

Y mirándome ordenó:

—Echa la barca al lago.  
Estaba triste.

La sustantiva tierra  
tatuada por los cascos caminantes,  
la antigua campeadora de ganados,  
la que cantó encendida por sus soles  
¿qué elegía elevaba al cruel ocaso?

—¿Dónde está la juventud?  
preguntó volviendo el rostro  
a la playa desierta.

—En las trincheras.

Y la joven Centaura  
puso un casco en la regala y los ojos  
en el herido horizonte de la tarde:

—Los que no mueren  
escapan por el agua a nado. Sueñan  
con mujeres. Y las roban.

*Managua 1985 / Austin 1986*

*“Pablo Antonio: una tierra que ha llegado a pensar,  
a pensar por sí, para decir todo lo que lleva dentro  
(. . .) para decir siempre(. . .) cómo nació esa tierra honda  
que es él, de la que él nació y que de él ha nacido.”* Angel Martínez



**El Presidente de la “Asociación para la amistad entre los pueblos”, Avv. Antonio Smurro, entrega a Pablo Antonio Cuadra el premio *Rimini* 1986 por “su obra cultural y por su defensa de la libertad”.**

Libro Libre publica en esta colección el corpus completo de la obra poética del nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, porque es fundamento y cúspide de la cultura centroamericana contemporánea. La edición ha sido revisada y autorizada por el autor.

*Estos Siete árboles contra el atardecer* cierran el horizonte del vasto territorio poético explorado por Pablo Antonio Cuadra. Enlazan geografías distantes y épocas lejanas, como también el cielo y la tierra, lo sacro y lo profano. En simbiótica asociación con sombras familiares y espíritus de lo alto, delimitan “el espacio de la vida” y la patria del canto. Escritos en los momentos más dramáticos de la historia reciente de Nicaragua (1977-78), ofrecen en sus maderas un bálsamo restañador de heridas, o reavivan, con su follaje y sus frutos, la memoria de la misión libertaria del hombre y su dignidad ineludible.